

COLECCIÓN DE TEATRO
VÍCTOR RUIZ IRIARTE



LA VIDA PRIVADA DE MAMÁ

Edición de Berta Muñoz

Esta Edición forma parte del Proyecto de I+D **La comedia de posguerra: Teatro completo de Víctor Ruiz Iriarte (1945-1975)** (Proyecto MEC HUM-61754), dirigido por Víctor García Ruiz (Universidad de Navarra), y compuesto por los doctores Óscar Barrero Pérez (Universidad Autónoma de Madrid), Berta Muñoz Cáliz (Centro de Documentación Teatral), Juan Antonio Ríos Carratalá (Universidad de Alicante) y Gregorio Torres Nebrera (Universidad de Extremadura).

© Textos: Herederos de Víctor Ruiz Iriarte.

© Edición y notas de “La vida privada de mamá”:
Berta Muñoz Cáliz.

LA VIDA PRIVADA DE MAMÁ
COMEDIA EN DOS ACTOS DIVIDIDOS EN CINCO CUADROS

Esta comedia se estrenó en el Teatro Reina Victoria de Madrid el 3 de octubre de 1956 con el siguiente REPARTO

<i>Teresa</i>	TINA GASCÓ
<i>Marita</i>	GRACIA MORALES
<i>Mercedes</i>	MARISA PORCEL
<i>Amelia</i>	MARGARITA GIL
<i>Catalina</i>	PAQUITA MEDRANO
<i>Trini</i>	LOLITA GÓMEZ
<i>María</i>	MARÍA PORTILLO
<i>Juana</i>	ISABEL OSCA
<i>Fernando</i>	JOSÉ BÓDALO
<i>Nicolás</i>	RAFAEL ALONSO
<i>Federico</i>	FERNANDO GUILLÉN
<i>Don José</i>	MIGUEL ÁNGEL
<i>Alfredo</i>	ENRIQUE ÁVILA

Decorado: EMILIO BURGOS

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

Un cuarto de estar o pequeño salón, lleno de intimidad y de gracia, en un piso madrileño puesto con distinción y alegre sentido del confort. Al fondo, una amplia entrada sin puertas, que conduce, por un pasillo, al vestíbulo. En el chaflán del fondo con el lateral de la izquierda –son términos del público– una terraza sobre la calle con la planta dispuesta de modo que cuando un personaje entra en ella desaparece a la vista del espectador. Una puerta a la derecha y otra a la izquierda.

En la zona de la izquierda, una bonita mesa camilla rodeada de tres comodísimos sillones. Un sofá a la derecha. Ante el sofá, una pequeña mesita con flores y un teléfono. En la pared de la izquierda, en primer término, una cómoda, y sobre ella, en la pared, un gran espejo. Por aquí y por allá, libros, cuadros, flores. Pocos muebles.

Son las seis de la tarde de un día de mayo. Las vidrieras de la terraza están abiertas de par en par y las ramas de algunos tiestos con flores se vuelven hacia el interior. Y en todo, hasta en el aire, algo denuncia, misteriosamente, que este día, en la casa, es un día trascendental.

(En escena están, al levantarse el telón, María y Juana. María es una mujer de alguna edad: tiene toda la traza de un ama de llaves del mejor y más viejo estilo. Juana es una doncella de la casa. Una muchacha joven y francamente agradable. Las dos están en pie, delante del sofá, frente a la puerta abierta de la derecha, espiando con muchísimo interés y una innegable emoción lo que sucede en el interior. María se seca, de cuando en cuando, unas lágrimas. Juana está excitadísima. Durante un rato las dos miran y miran sin hablar. Dentro de esa habitación de la derecha, que se supone contigua al escenario, hay un gran barullo producido por media docena de voces femeninas que hablan al tiempo sin que sea posible distinguir ni una sola palabra de lo que dicen. Y así durante unos segundos... Hasta que)

Juana.—¡Ay, qué nervios, María! Le digo a usted que estoy más... que estoy más... ¡Huy!

MARÍA.—Mujer... ¿Te quieres estar quieta?

JUANA.—Pero si no puedo... *(De pronto)* ¡Ay!

MARÍA.—¿Qué?

JUANA.—¡Ya! ¡Ya han empezado a vestirla!

MARÍA.—A ver... ¡Qué bonita va a estar!

JUANA.—¡Claro! Como todas las novias...

MARÍA.—¡Más! Esta más que ninguna. Te lo digo yo. ¡Ay, Virgen! Cuando pienso que la he visto nacer...

(Nuevo bullicio en el interior que se interrumpe bruscamente. Y se oye, clarísima, esta frase pronunciada por una sola voz)

MARITA.—*(Dentro)* Estas enaguas son largas...

TODAS.—*(Dentro, como un chillido)* ¡Síííí!

JUANA.—*(Consternada)* ¡Ay, María! ¡Que las enaguas son largas!

MARÍA.—¡Jesús!

TODAS.—*(Dentro, como antes)* ¡Nooooo!

JUANA.—*(Tranquilizada)* ¡No eran largas!

MARÍA.—¡Gracias a Dios!

(Nuevo jaleo dentro que, poco a poco, desciende de potencia, mientras aquí, en escena, se desarrolla el diálogo que sigue)

JUANA.—¡Ay, María! Lo que es una boda. Yo estoy tan nerviosa y tan emocionada y tan... tan... que parece que soy yo la que se casa.

MARÍA.—¡No me digas!

JUANA.—¡Huy! Como se lo cuento. Esta noche no voy a pegar un ojo...

MARÍA.—¿Tú tampoco?

(Timbre en el teléfono. Juana, que está muy cerca, lo toma rápidamente y sigue hablando en el mismo tono de excitación)

JUANA.—¡Hola! ¿Quién es? ¡Diga! ¡Ah! Sí, señorito. Está bien, señorito. Adiós, señorito. *(Y cuelga el auricular. Muy sinceramente)* ¡Pobre!

MARÍA.—¿Quién era?

JUANA.—El novio... Dice que ya sale para la iglesia.

MARÍA.—Pero si aún falta media hora...

JUANA.—Es que está muy nervioso...Y se comprende, pobrecito. Hay que ver lo que arriesga un hombre cuando se casa. Porque una siempre va a lo seguro, digo yo.

MARÍA.—*(De pronto)* ¡Calla!

JUANA.—¡Ay! ¿Por qué?

MARÍA.—¡La señora!

JUANA.—¡Oh!

(Y, por la puerta de la derecha, aparece Teresa. Una mujer joven todavía, arrogante, admirablemente bien vestida para la ceremonia de la boda de su hija. Está indudablemente conmovida. Viene con un pañuelo en la mano. María y Juana la observan. Y María da un paso)

MARÍA.—¡Señora! ¿Necesita algo la señora?

TERESA.—*(Sonríe. Muy bajo)* No, María. Gracias. No necesito nada...

(Cruza la escena. Entra en la terraza. Desaparece. Solas, otra vez, María y Juana)

JUANA.—¿Ha visto usted? Se le saltan las lágrimas.

MARÍA.—¡Claro! ¿Y cómo no ha de llorar si hoy se queda sin lo único que tiene en el mundo...? Desde que se quedó viuda, al año de casarse, no ha tenido ni más cariño ni más ilusión que su hija. Y conste que, si hubiera querido, hubiera tenido los hombres así. Porque de guapa y de buena planta se puede poner donde esté la primera. Pero como si no. Ni un mal sueño ha pasado por su cabeza en todos estos años. Así tiene ella esa fama de honrada y de decente y de seria que es el ejemplo de todo Madrid. Nadie en estos veinte años la ha visto jamás en compañía de un hombre...

JUANA.—¡Pobre señora!

MARÍA.—¿Qué dices tú, descarada?

JUANA.—¡Ay, María!

MARÍA.—Andando... A tus obligaciones.

JUANA.—Sí, señora.

MARÍA.—Mira si está todo dispuesto para que los novios se cambien de ropa al volver de la iglesia. A última hora han decidido que desde aquí saldrán directamente para el Parador de Gredos¹...

1 Fundado en 1928, y situado en esa sierra de la provincia de Ávila, el de Gredos fue el primero de los Paradores Nacionales, un tipo de hoteles de lujo gestionados con capital público y ubicados generalmente en edificios históricos, muchas veces en parajes naturales de gran belleza. Su elección como lugar para el viaje de novios indica un nivel económico elevado por parte de la familia protagonista.

JUANA.—¡Voy! Sí, señora...

MARÍA.—¡Espera!

JUANA.—(*Deteniéndose*) ¡Mande!

MARÍA.—Y aquí que no entre nadie. ¿Me has oído?

JUANA.—Sí, señora. ¡Ay, María, María! Lo que es una boda...

(Sale Juana. María, sola, da unos pasos hacia la terraza. Pero antes, por allí aparece Teresa)

TERESA.—¡María!

MARÍA.—¡Señora!

TERESA.—(*Sonriendo*) Se va. Se va nuestra pequeña...

(María, conmovidísima, se echa a llorar desgarradoramente)

MARÍA.—¡Ay, Virgen Santísima! En qué hora conoció la niña a ese granuja...

TERESA.—(*Atónica*) ¿A quién te refieres?

MARÍA.—¡Al novio!

TERESA.—Pero ¿qué dices, mujer? Alfredo es un gran muchacho...

MARÍA.—Sí, sí... Pero se la lleva.

TERESA.—¡Naturalmente! Siempre es así. También a mí se me llevó mi marido...

MARÍA.—¡Digo! Y hay que ver lo que nos hizo después...

TERESA.—¿Qué hizo?

MARÍA.—Morirse.

TERESA.—Mujer...

MARÍA.—Si es que los hombres siempre tienen que hacer una de las suyas. Que me lo digan a mí, que por algo me he quedado soltera.

TERESA.—(*Ríe*) ¡Oh! Calla, calla... (*Y, riendo, marcha hacia la puerta de la derecha. Allí se detiene y mira un instante hacia el interior. Un silencio. Con una gran ternura en la voz*) María.

MARÍA.—Mande...

TERESA.—Mírala. Ya le están poniendo el velo sus amigas...

MARÍA.—(*Se acerca*) Está preciosa, ¿verdad?

TERESA.—(*Con suave orgullo*) Yo creo que sí...

(Y María se echa a llorar nuevamente)

MARÍA.—¡Ay, pobrecita mía! ¿Qué va a ser de ti?

TERESA.—Pero, María... ¿Quieres callar? Alfredo y Marita van a ser muy felices, ya verás. Están muy compenetrados, ¿sabes? Él hace siempre lo que ella manda...

MARÍA.—(*Con innegable consuelo*) Eso es verdad

(*Teresa vuelve hacia primer término y se sienta junto a la mesa camilla, muy pensativa*)

TERESA.—¡María! (*Azaradísima*) Estoy en un apuro tremendo...

MARÍA.—¿La señora?

TERESA.—¿No lo adivinas? Marita se va a casar dentro de unos minutos y todavía...

MARÍA.—¿Qué?

TERESA.—Todavía no le he dicho nada...

MARÍA.—(*En la luna*) ¡Anda! ¿Y qué tiene que decirle la señora?

TERESA.—(*Muy bajito. Muy ruborizada*) Mujer... Lo natural.

MARÍA.—¿Qué?

TERESA.—Pero, María... Eso. Lo que me dijo a mí mi madre cuando me casé. ¿Comprendes? Unas pocas palabras que son muy difíciles. En fin, lo que debe saber una niña inocente antes de quedarse a solas, por primera vez, con su marido... Todo eso.

MARÍA.—(*Cayendo*) ¡Acabáramos!

TERESA.—¿Te enteras ya?

MARÍA.—¡Claro! Pero ¿me quiere decir la señora por qué ha esperado la señora hasta ahora?

TERESA.—(*Muy bajo*) Porque me da una vergüenza horrible...

MARÍA.—¡Oh!

TERESA.—Me pongo colorada y no sé cómo empezar. Verás. Anoche entré en la alcoba de Marita dispuesta a prepararla como es debido. Ya estaba acostada. Me senté a su lado en la cama. Empecé a hablar de mil cosas diferentes esperando la ocasión... ¿Comprendes? Y de pronto, cuando creí que había llegado el momento y ya iba yo a lanzarme... me di cuenta de que Marita se había dormido.

(*María se la queda mirando largamente con muchísimo embeleso*)

MARÍA.—¡Hay que ver! ¡Pero qué decente es la señora!

(Teresa vuelve la cabeza hacia María y se la queda mirando largamente... Luego, se pone en pie súbitamente con un casi imperceptible desasosiego)

TERESA.—María...

MARÍA.—¡Digo! Si es que no hay otra igual; si es que es la única; si por algo dicen de ella todo lo bueno que dicen...

TERESA.—*(Con cierta prudencia)* Mira, María. En estas cosas nunca conviene exagerar. Por si acaso...

MARÍA.—¿Cómo?

TERESA.—Quiero decir que a lo mejor un día te cuentan de mí...

MARÍA.—¿Quién?

TERESA.—¡Oh!

MARÍA.—*(Muy brava)* ¡Al que sea, lo araña!

TERESA.—*(Azarada)* Por favor: ¿te quieres callar? *(Un silencio. Mientras, Teresa va hacia el fondo. Desde allí se vuelve y se queda mirando a María)* Oye...

MARÍA.—¿Qué?

TERESA.—Se me está ocurriendo una idea. ¿Por qué no hablas tú con Marita?

MARÍA.—*(Sobresaltadísima)* ¿Yo?

TERESA.—Sí, sí... Tú.

MARÍA.—Pero si yo soy soltera...

TERESA.—¿Y eso qué importa? A tu edad, ¿qué no sabrás tú?

MARÍA.—Mire usted, señora. Cuando una mujer es soltera, soltera, como yo, todo lo que sabe lo sabe por referencias... Con seguridad, nada.

TERESA.—¡Ah! Eso, sí...

MARÍA.—No, si yo ya me figuro lo le que pasa a la señora. Como hace veinte años que se ha quedado viuda, y durante ese tiempo la señora ha sido tan decente, tan decente, pues lo poco que sabía se le ha olvidado...

(Teresa se pone en pie avergonzadísima)

TERESA.—¡Mujer! ¡Qué cosas dices! *(Se va otra vez hacia el fondo. Allí se detiene. Luego se vuelve como tomando una decisión)* Está bien. Hablaré con mi hija, cueste lo que cueste, antes de que salga para la iglesia. Es mi deber de madre. Y lo cumpliré.

(Sale. María, viéndola ir, suspira profundamente)

MARÍA.—¡Ay, Señor, Señor! Es una infeliz.

(En el acto, se oye un gran jolgorio en la habitación de la derecha y tumultuosamente, muy excitada, palmoteando de contento, entra un grupo, Mercedes, Amelia, Catalina y Trini. Son cuatro muchachas de muy parecida edad –de los 18 a los 22–. Muy bonitas, muy graciosas, muy gentiles. Visten las cuatro exactamente igual: vaporosos vestidos azul celeste, rosa o blanco y se tocan con airosos sombreros del mismo color. Son las damas de honor de la novia)

TODAS.—¡¡Ya!!

MARÍA.—¡Ay!

CATALINA.—¡Ya está! ¡Ya está! ¡Ya está!

TODAS.—¡Ya está! *(Y, en efecto, en la puerta de la derecha aparece Marita. Viste su traje de novia. Se toca con su velo de tul y lleva entre las manos un ramo de flores blancas. Muy decidida y con mucho aire, cruza la estancia y va hacia el espejo con un enorme desparpajo, sin hacer caso en absoluto de la admiración que provoca)* ¡Oh!

AMELIA.—¡Preciosa!

TRINI.—¡Guapísima!

CATALINA.—¡Un cielo!

MERCEDES.—¡Un sol!

MARÍA.—*(Con entusiasmo)* ¡Qué novia!

(Marita rompe a hablar muy nerviosa, a una velocidad increíble)

MARITA.—Tengo un punto en una media... Lo noto. El vestido me cae de este lado y el velo me tira por aquí. Y tengo la impresión de que se me ve por delante el encaje de las enaguas. Y estoy segura, segurísima de lo que digo... Porque ya sabéis que yo no me equivoco nunca, eso es. Y la cintura podía haber sido un poquito más estrecha, digo yo. Porque así estoy hecha una gorda...

TODAS.—¡Oh!

TRINI.—Pero, Marita, mujer...

MARITA.—*(Chillando)* ¡Una gorda!

TODAS.—¡Oh!

(Revuelo. Todas rodean a Marita, cariñosísimas y muy solícitas)

AMELIA.—¡Ay, Marita!

TRINI.—¡No sabes lo que dices!

CATALINA.—Estás maravillosa...

MERCEDES.—El vestido te cae estupendamente. Y te favorece muchísimo. Para que lo sepas...

MARITA.—¡Ah! ¿Sí? ¿Y eso quién lo dice?

MERCEDES.—(*Monísima*) ¡Yo!

MARITA.—Ya, ya. Pues cualquiera se fía de ti, que siempre que un vestido me sienta mal te empeñas en que me lo ponga todos los días...

MERCEDES.—(*Un grito*) ¡Marita!

TODAS.—¡Oh! ¡Oh!

MERCEDES.—¡Ayyy! (*Nerviosísima*) ¡Ay, Dios mío! ¡Ay, lo que ha dicho! ¡Ay, ay, ay!

(Trini, Catalina y Amelia rodean a Mercedes, que se deja caer sollozando y chillando en un sillón junto a la mesa camilla. Un gran alboroto)

TRINI.—¡Mercedes!

CATALINA.—¡Criatura!

AMELIA.—¡Mujer!

TRINI.—¡No llores!

MERCEDES.—¡Ay, lo que ha dicho! ¡Ay, lo que ha dicho!

LAS TRES.—(*Al tiempo*) Mercedes, Mercedes, Mercedes...

(Al otro lado, a la derecha, María está junto a Marita)

MARÍA.—Pero, Marita: ¿por qué le has dicho eso?

MARITA.—(*Transición. Con mucho apuro*) ¡Ay, María! Si es que no sé lo que digo; si es que estoy volada; si es que tengo una cosa aquí, una cosa...

(Se lleva una mano a la garganta y, llorando con muchísimo desconsuelo, se refugia en los brazos de María)

TODAS.—¡Oh!

MARÍA.—¡Hija mía!

(Y en el acto, Amelia, Trini, Catalina, e incluso Mercedes, se incorporan súbitamente y las cuatro, conmovidas y emocionadísimas, corren hasta el otro lado y rodean a Marita y a María y prodigan a la novia toda clase de mimos y consuelos,

hablando todas a la vez sin que se oiga una sola palabra con claridad. Un verdadero guirigay)

TODAS.—¡Oh! ¡Oh!

TRINI.—Pobrecita, pobrecita...

CATALINA.—Marita, cariño, sol...

AMELIA.—Pero, criatura, que te lo estropeas todo...

MERCEDES.—No llores, que me partes el corazón.

TODAS.—Marita, Marita, Marita...

(Y cuando ya descende el tumulto, se oye, clarísima, la voz de Amelia, que dice con muchísima inocencia)

AMELIA.—¡Hay que ver! Resulta que en las bodas se emociona hasta la novia. Y yo creía que esto era cuestión de trámite...

(En el fondo, alteradísima, como siempre, surge Juana)

JUANA.—¡Señorita!

TODAS.—¿Qué?

JUANA.—¡El padrino!

TODAS.—¡Ay!

JUANA.—¡Que ya está esperando el padrino!

TODAS.—¡Oh!

JUANA.—Y está más preocupado el pobre señor. Claro, como es de la parte del novio... *(De nuevo se ha iniciado el revuelo. Marita ha corrido al espejo y se está dando los últimos toques al velo y al peinado. Las otras cuatro chicas, todas al tiempo, se arreglan presurosas el sombrero, los labios, etc. Todo muy vivo) ¿Y no saben ustedes? En la calle se está arremolinando la gente para ver salir a la señorita, y de un momento a otro van a empezar a gritar viva la novia...*

TODAS.—¡Oh!

MARÍA.—¡Ah! Pues, eso, sí que no me lo pierdo...

(Salen precipitadamente María y Juana por el fondo. Quedan en escena Marita, Mercedes, Trini, Amelia y Catalina. Mercedes y Trini se pintan los labios juntas en primer término, a la derecha)

MERCEDES.—Mira... Esto es lo malo que tienen las bodas. Lo ordinárisima que se pone la gente. Como que pensándolo bien, para evitarse los sofocos de este día, dan ganas de no casarse.

TRINI.—¡No digas!

(Entra Teresa por el fondo)

TERESA.—¡Niñas! Ya es la hora.

(Todas se agitan muy excitadas)

TODAS.—¡Ay!

MERCEDES.—Sí, señora.

TRINI.—Yo ya estoy lista.

CATALINA.—Vamos, vamos...

AMELIA.—¡Ay! Pues ¿no me estoy emocionando yo también? Pero qué cosas...

(Trini, Amelia, Catalina y Mercedes, antes de salir, van de una en una hasta Marita y la besan)

TRINI.—¡Marita!

MARITA.—¡Trini!

MERCEDES.—De verdad, de verdad: que seas muy feliz...

MARITA.—¡Gracias!

CATALINA.—¡Chiquilla! ¡Qué contenta estoy!

MARITA.—¡Calla! Os quiero más...

AMELIA.—Oye. *(Muy bajito. Muy en secreto)* A la vuelta de tu viaje de novios tenemos que salir una tarde las dos solitas para que me cuentes... Para que me cuentes eso. ¿Sabes? Es la única manera de enterarse. Porque la gente mete muchos bulos...

(Y echa a correr igual que las otras y desaparece como ellas han desaparecido, cada una a su tiempo. Ya han salido las cuatro. Y están solas en escena Teresa y Marita)

TERESA.—¡Espera!

(Marita, que ya iba hacia el fondo, se detiene y se vuelve un poco sorprendida)

MARITA.—¡Mamá!

TERESA.—Verás. *(Con mucho azaramiento)* Es que todavía faltan diez minutos... La iglesia está ahí, a la vuelta de la esquina. Y en las bodas hace bien que la novia llegue con un poquito de retraso. Un poquito nada más, ¿sabes? Es muy femenino.

MARITA.—Bueno... Por mí.

(Un silencio. Marita vuelve al espejo y, con despreocupación, se arregla algo en el tocado. Su madre, al otro lado de la escena, consulta su reloj... Mira a su hija con angustia y no sabe cómo empezar)

TERESA.—Además... *(Tímidamente)* Tengo necesidad de hablar contigo.

(Marita se vuelve sorprendida)

MARITA.—¿Conmigo?

TERESA.—Pues sí...

MARITA.—¿De qué?

TERESA.—*(Indignada)* ¡Marita! Por Dios... Así no vamos a ninguna parte.

MARITA.—Pero, mamá...

(Teresa se la queda mirando, suspira profundamente y marcha hacia el fondo. Luego, se vuelve muy decidida)

TERESA.—Mira, hija mía. En un día de mi vida, igual a este día tuyo de hoy, mi madre me dijo...

MARITA.—¡Ay! ¿Qué te dijo? ¿Qué te dijo la abuelita?

TERESA.—¿No lo adivinas?

MARITA.—¡No! Pero tengo una curiosidad...

(Teresa la vuelve a mirar y suspira profundamente)

TERESA.—Escucha, Marita. En estos últimos días, siempre que tú y yo hemos tratado el tema de tu boda, hemos hablado de muchas cosas. De tus vestidos, de los muebles, de la conveniencia de vender o no este piso, de los invitados... Pero en una boda hay algo más. Algo muy fundamental, de lo que también hay que hablar... *(Se calla. Y vuelve la cabeza sofocadísima)* Nena... ¿Comprendes ya?

MARITA.—No, no...

TERESA.—¡Oh!

MARITA.—No caigo...

TERESA.—(*Angustiadísima*) Pero, Marita, por Dios...

MARITA.—(*De pronto, muy satisfecha*) ¡Ah, vamos!

TERESA.—(*Vivamente*) ¿Ya?

MARITA.—¡Claro! ¿Insistes todavía en que a la vuelta del viaje de Mallorca pasemos una semana en la Costa Brava?

TERESA.—(*En un grito*) ¡No!

MARITA.—¡Ay, mamá!

TERESA.—¡No me importa nada Mallorca! ¡No me importa nada la Costa Brava! ¡Todo eso viene después!

MARITA.—¿Después?

TERESA.—¡Sí!

MARITA.—¿Después de qué...?

TERESA.—¡Oh! (*Ya está a punto de echarse a llorar*) Marita, hija mía, por piedad: tienes que ayudarme. Date cuenta de que para una madre esta es una situación muy violenta... ¿Cómo es posible que no comprendas lo que quiero decirte? (*Va hacia ella, la atrae hacia sí, la toma una mano y la sienta en el sofá*) Ven aquí, hijita. Mírame. ¿Es que en este momento, minutos antes de tu boda, no estás preocupada por algo?

MARITA.—¿Yo?

TERESA.—Sí, sí... Tú.

MARITA.—Ni pizca...

TERESA.—(*Soltándola*) ¡Oh!

MARITA.—El que estará preocupadísimo es Alfredo... Como es natural.

TERESA.—Marita, eres una inconsciente. ¿Quieres decirme que para una buena muchacha como tú la boda no plantea un problema?

MARITA.—(*Pensativa*) ¿Un problema?

TERESA.—¡Sí! Un problema. (*Baja la cabeza como avergonzada*) De alguna manera hay que llamarlo...

MARITA.—Pues te diré, mamá. Yo creo que para una muchacha como yo no hay más que un problema. Casarse. Y el día de la boda, precisamente, se acaba el problema...

TERESA.—¡Qué barbaridad!

MARITA.—Claro que, eso sí, este día se las trae. ¡Qué trajín! Ya estoy rendida y fíjate en lo que me queda todavía. Ahora, a las seis, la ceremonia, a las siete, el cóctel, a las ocho, en el coche, a la carretera, a las nueve en el Parador de Gredos...

TERESA.—(*Muy rápida*) Ahí, ahí...

MARITA.—Mañana a Barcelona...

TERESA.—¡No! Antes...

MARITA.—¿Dónde?

TERESA.—¡En Gredos! Vuelve a Gredos... Por favor.

MARITA.—¿Que vuelva a Gredos? (*Muy pensativa*) ¿Y qué puede pasar en Gredos?
(*Un silencio. Marita se queda mirando a su madre que baja la cabeza. De pronto*) ¡Ah vamos! Conque era eso...

TERESA.—¡Sí! ¡Eso!

MARITA.—Pero, mamá...

TERESA.—¡Niña!

MARITA.—(*Sigue riendo*) Mamá, por Dios... No seas inocente.

(*Teresa se pone en pie alarmadísima, casi de un salto. Marita sigue riendo divertidísima*)

TERESA.—¡Niña! ¿Qué...? ¿Qué quieres decir?

MARITA.—¡Ay, mamá! Ni siquiera me pasó por la imaginación que era de eso de lo que querías hablarme. (*Muy alegre*) ¡Pero si no hacía falta!

TERESA.—¡Niña!

MARITA.—¡Pobre mamá! De manera que tú querías repetirme a mí el discurso que te hizo la abuelita en un día como el de hoy... A mí. (*Mirando a su madre con la más bondadosa ternura y con evidente piedad*) ¡Mamá!

TERESA.—(*Humilladísima*) ¿Qué?

MARITA.—(*Tiernísima*) Eres una infeliz...

TERESA.—(*Un gemido*) ¡Oh!

(*Marita, con mucha desenvoltura, muy maternal, se acerca a su madre, la besa y le da unos cachetitos muy reconfortantes en la mejilla*)

MARITA.—Hala, hala... No te pongas colorada.

TERESA.—¡Ay, Dios mío!

(*Y con mucha decisión, Marita va hacia el fondo dispuesta a marchar. Pero, al llegar, se detiene pensativa, gira suavemente y se queda mirando a su madre*)

MARITA.—A propósito, mamá. Yo a ti sí tengo algo que decirte.

TERESA.—¿Tú a mí?

MARITA.—¡Vaya! Es mi deber y estoy decidida a cumplirlo... (*Marita avanza. Llega junto a su madre y se queda mirándola con mucho aplomo*) ¡Mamá!

TERESA.—Hija...

MARITA.—¿Te has dado cuenta de lo que significa este día de hoy para ti? Desde que murió papá han pasado veinte años. Durante todo este tiempo no ha habido en tu vida ni un amor ni siquiera un *flirt*... Has vivido como una monjita. Claro que hasta ahora te ha ayudado a defenderte mi presencia a tu lado. Porque una hija da mucha respetabilidad. Pero desde hoy irás sola a todas partes, eres joven todavía y estás guapísima...

TERESA.—(*Con timidez*) Marita...

MARITA.—¡Silencio! Los hombres van a caer sobre ti como moscas... Y, la verdad, mamá, tú no estás preparada para eso.

TERESA.—Pero, Marita...

MARITA.—¡Calla! (*Sensatamente*) Hay que tener mucho cuidado, mamá. Si alguno se insinúa a fondo...

TERESA.—(*Con mucho interés*) ¿Qué tengo que hacer?

MARITA.—No decidas nada sin consultarme. Que aquí estoy yo para impedir que abusen de tu inocencia...

(Y otra vez, tan dispuesta, marcha hacia el fondo. Teresa, inmóvil, queda en primer término)

TERESA.—(*Muy bajo*) ¡Hija...!

(Marita se detiene)

MARITA.—¿Qué, mamá?

TERESA.—¿Por qué estás tan segura de mí? ¿No has pensado nunca que durante tantos años tu madre ha podido tener... alguna aventura? ¿No se te ha ocurrido pensar que puedo haberos engañado a ti y a todos los que me creéis una santa?

(La muchacha, desde el fondo, la mira y sonrío. Luego se echa a reír)

MARITA.—¿Tú?

TERESA.—¡Sí! Yo. ¿Por qué no? Hubiera sido tan fácil, tan fácil...

MARITA.—*(Ríe más)* ¿Tú? Pero, mamá, tú una aventura. Tú engañar a nadie. ¡Pobre mamá! *(Transición)* Anda, vámonos, que me tengo que casar...

(Y, rápidamente, desaparece por el fondo. Queda Teresa sola. Baja la cabeza pensativa, suspira profundamente y, al fin, marcha despacio hacia el fondo. Pero antes de llegar suena el timbre del teléfono, que está sobre la mesita. Teresa retrocede y toma el auricular)

TERESA.—Diga... *(De pronto, su rostro se transforma, se asusta muchísimo. Mira a un lado y a otro con terror. Y habla con un gran sofoco)* ¿Cómo? ¿Eres tú, amor mío? Pero ¿cómo te has atrevido a llamar aquí? ¡Qué imprudencia! Pero ¿no te das cuenta, mi vida? Ahora mismo salimos para la iglesia. ¿Te has vuelto loco, cariño? Calla, calla, calla...

(Cuelga de golpe el auricular. Se incorpora. Mira en torno, muy alarmada. Y, al fin, rehaciéndose, con mucha naturalidad, marcha hacia el fondo)

TELÓN

CUADRO SEGUNDO

El mismo decorado. Un par de horas más tarde.

(No hay nadie en escena cuando se levanta el telón. El timbre del teléfono comienza a sonar con insistencia. Una vez, otra vez, varias veces... Por el fondo, entra, precipitadamente, Teresa, que se lanza sobre el aparato con ansiedad. Pero, un segundo antes de alcanzar el auricular, el timbre deja de sonar. No obstante, Teresa toma el auricular)

TERESA.—¡Diga! ¡Diga! ¡Oh!

(Cuelga el auricular muy defraudada y preocupadísima y mira fijamente al teléfono durante un largo rato. Y, al fin, aparece Juana en el fondo)

JUANA.—¡Señora! ¿Llamaban al teléfono?

TERESA.—No, no... Yo no he oído nada.

JUANA.—¡Ah! Me pareció... Con permiso de la señora.

TERESA.—¡Oye!

JUANA.—¡Señora!

TERESA.—Mientras hemos estado en la iglesia, ¿ha llamado alguien por teléfono?

JUANA.—Pues sí, señora... Han llamado tres veces.

TERESA.—*(Con un escalofrío)* ¿Tres... veces?

JUANA.—Sí, señora.

TERESA.—*(Vagamente)* Y... ¿quién era?

JUANA.—No lo sé.

TERESA.—¡Ah!

JUANA.—Ha sido una cosa rara, ¿sabe? El teléfono sonaba, yo lo cogía, y cuando yo decía: ¡Diga! No contestaba nadie...

TERESA.—¡Ah! ¿Sí?

JUANA.—Sí, sí...

TERESA.—Bueno... Sería una equivocación.

JUANA.—No, señora.

TERESA.—*(Muy inquieta)* ¡Ah! ¿No?

JUANA.—No. *(Misteriosamente)* Estoy segurísima de que era un lío...

(Teresa se pone en pie con un enorme sobresalto)

TERESA.—¿Cómo? ¿Qué dices?

JUANA.—Que sí, señora. Siempre que suena el teléfono y, una va y no contesta nadie, entonces lo que pasa es que la otra persona esperaba otra voz que no es la de una. Lo que yo digo... Un lío. No falla.

TERESA.—Pero, mujer, ¿estás loca? *(Con muchísimo temor)* ¿Quién puede tener un lío en esta casa?

JUANA.—¡Huy! En esta casa... Como no fuera la señora.

TERESA.—*(En vilo)* ¡Juana!

JUANA.—¿Y quién va a pensar eso de la señora?

TERESA.—¡Claro! *(Muy bajito)* ¿Quién va a pensar eso de mí?

(Mira a la doncella de reajo, azaradísima, y en seguida marcha hacia la puerta de la izquierda. Pero ahora suena, otra vez, el timbre del teléfono. Teresa se para en seco y vuelve rápidamente. Pero Juana, que está más cerca, se adelanta y toma el auricular... Tranquilísima)

JUANA.—¡Diga! *(Espera)* ¡Diga!

(Un silencio. Juana sigue esperando. Teresa la mira fijamente, con mucho susto. Juana espera con una calma escalofriante. Al cabo, muy despacito, posa el auricular sobre la horquilla y se queda mirando a Teresa de hito en hito)

TERESA.—*(Casi no se la oye)* ¿Qué?

JUANA.—Nada... *(Un silencio)* Han colgado.

TERESA.—¿Como antes?

JUANA.—Igual...

TERESA.—¡Ah!

JUANA.—Cuando yo digo que aquí hay lío...

TERESA.—¡Je! *(Se miran. Teresa, muy sofocada, rehuye la muda interrogación de la doncella y se va hacia la izquierda, quitándose los guantes, el sombrero, etc. Con otra voz. Muy voluble)* La boda ha resultado preciosa, ¿sabes? La gente muy bien vestida; la iglesia llena de flores y de luces... Un sueño. *(Más confusa todavía)* El señor obispo no ha dejado de tocar el órgano durante todo el rato y el organista ha pronunciado una plática preciosa...

JUANA.—*(Estupefacta)* ¿De veras?

TERESA.—Sí, sí...

(Sale Teresa por la izquierda. Se queda Juana sola, en el centro del escenario. Clava los ojos en la puerta por donde salió Teresa. Luego mira al teléfono... Al fin, como tomando una decisión, sale por el fondo, llamando)

JUANA.—María... ¡María!

(Otra vez queda la escena en soledad durante unos segundos. Dentro, estalla un alegre rumor. Y por el fondo, rodeado de Catalina, Trini y Amelia, aparece Alfredo. El novio. Un muchacho de veintitantos años que viste chaqué y sombrero de copa. Todavía está en medio de una excitación nerviosa tremenda... Habla muy deprisa. Las tres chicas le rodean divertidísimas)

LAS TRES.—¡Bravo! ¡Bravo!

TRINI.—¡Viva el novio!

TODAS.—¡Viva!

ALFREDO.—¡Je! Gracias, chicas. ¡Muchas gracias! Me he portado, ¿eh? Creo que me he portado. Todo el mundo se pone nervioso cuando se casa, eso ya se sabe. Pues yo, nada; tan tranquilo. Sin nervios. Ni una pizca de nervios. Digo, ya se me nota...

TRINI.—¡Huy!

CATALINA.—¡Claro!

AMELIA.—¡Naturalmente!

TRINI.—Pero si no hay más que verte...

ALFREDO.—Eso, eso; eso mismo. Únicamente, cuando el señor obispo ha dicho: Esclava te doy y no compañera...

(Las tres muchachas, al tiempo, niegan con un chillido)

TODAS.—¡No!

ALFREDO.—*(Muy asustado)* ¡Ay! ¿Qué?

AMELIA.—Al revés...

TRINI.—¡Claro!

CATALINA.—Compañera te doy y no esclava...

ALFREDO.—*(Desconfiado)* ¿De veras?

TODAS.—¡Sí!

ALFREDO.—¡Caramba! Pues a mí me habían dicho... Pero en fin, el caso es que, en ese momento, sí, me he sentido un poco trastornado, y me ha entrado una cosa rara por aquí dentro y no podía estar quieto. Y voy y, sin querer, le doy un pisotón a Marita y, ¡zas!, se le rompe el vestido. Después, se ha enganchado el velo en el botón de esta manga, no sé porqué, y, al tirar, pues eso, lo que pasa, se le ha rasgado el velo por aquí y por aquí. Y como Marita tiene un genio que ya, ya, pues se ha puesto furiosa, como si yo tuviera la culpa, y en voz baja ha empezado a decir que si esto, que si aquello. Como que al señor obispo le ha sentado muy mal y le ha tenido que decir que se callara, eso es. Pero, nada, nada. ¿Yo nervioso? Ni hablar. ¡Huy! Pues tendría que ver. ¡Ah! Y conste que si he tropezado al pasar a la sacristía es porque en la puerta hay un escalón muy traicionero y en la oscuridad, claro, ¡zas! Catapún. *(Ríen las chicas)* Pero yo, tranquilo, muy tranquilo. De nervios, nada; absolutamente nada. Yo, nervioso. ¡Huy! Ja, ja.

(Y nerviosísimo, agotado, se derrumba en un sillón y se da aire furiosamente con la chistera. Las tres muchachas, encantadas y divertidísimas, rompen a aplaudir)

TODAS.—¡Bravo!

CATALINA.—¡Viva el novio!

TODAS.—¡Viva!

(Por el fondo irrumpe Marita, seguida de Mercedes. Marita viene furiosísima, a punto de estallar. Tira su ramo de flores en cualquier parte y maneja el velo con aire fantástico...)

MARITA.—¡En ridículo! ¡Me ha dejado en ridículo!

ALFREDO.—*(Aterrado)* ¡Marita!

MARITA.—¡Calla!

ALFREDO.—*(Un gemido)* ¡Oh!

(Catalina, Mercedes, Trini y Amelia van hacia Marita y la rodean)

TRINI.—¡Marita!

AMELIA.—Mujer...

MARITA.—*(Chillando)* ¡Dejadme!

TODAS.—¡Oh!

MARITA.—Jamás, jamás se ha visto un novio con más miedo y más nervios y más... más... Ha sido una vergüenza. No se ha estado quieto ni un minuto. Me ha pisoteado. Me ha roto el vestido. Me ha rasgado el velo. Me ha desprendido el azahar. ¡Me ha dejado hecha una birria!

TODAS.—¡No!

MARITA.—¡Sí! (*Gritando*) ¡Una birria!

TRINI.—¡Ay, Marita!

AMELIA.—Pero, Marita, mujer...

MARITA.—Hasta el señor obispo tuvo que decirle que se calmase. Y se lo dijo con una ironía... Porque el señor obispo se las trae. Que conste. ¡Oh! Yo creí que me moría de vergüenza. Después, al entrar en la sacristía, pegó un tropezón y se cayó de rodillas. Y yo, ¡yo misma! tuve que ayudarle para que se levantara. ¡Qué bochorno!

TODAS.—¡Oh!

MARITA.—(*Casi llorando*) Pues, ¿y luego, en el cóctel? ¿De qué diréis que ha estado hablando con los invitados durante todo el rato? Pues ha estado hablando de los americanos, que es de lo que se habla siempre cuando no se tiene de qué hablar...

TODAS.—¡Oh!

CATALINA.—(*Severísima*) Pero, hombre, Alfredo...

AMELIA.—¿A quién se le ocurre?

(Marita, acompañada de Trini y Catalina, ya está en la puerta de la derecha. Allí se yergue soberanamente y se encara con Alfredo, toda dignidad)

MARITA.—¡Alfredo! Nunca, nunca olvidaré que el día de nuestra boda estabas preocupado por los Estados Unidos...

ALFREDO.—¡Oh!

CATALINA.—¡Marita!

TRINI.—¡Marita! ¡Espera!

(Marita ha salido. Salen tras ella Trini y Catalina. Quedan en escena Alfredo, Mercedes y Amelia)

ALFREDO.—(*Indignadísimo*) ¡Basta! Me voy. Me voy a cambiar de ropa... Porque si sigo aquí... Si sigo aquí un momento más acabaré poniéndome nervioso.

(Va hacia el fondo. Pero antes de llegar pega en la alfombra un tropezón morrocotudo y está a punto de caer. Las chicas gritan)

ELLAS.—¡Ay!

ALFREDO.—Y no quiero, ea. ¡No quiero!

(Se va por el fondo muy a prisa. Mercedes y Amelia, solas, se vuelven la una hacia la otra y se miran como en éxtasis)

AMELIA.—¡Ay, Mercedes!

MERCEDES.—¡Ay, Amelia!

AMELIA.—¡Qué felices van a ser!

MERCEDES.—¡Huy! ¡Que si van a ser felices!

(Y, juntas las dos, marchan hacia la puerta de la derecha. Pero antes de que salgan suena el timbre del teléfono. Mercedes y Amelia se detienen. Automáticamente surge Teresa en la puerta de la izquierda, apresuradísima...)

TERESA.—¡Voy!

MERCEDES.—Deje... No se moleste. *(Y como está más cerca, toma el auricular)*
¡Diga!

TERESA.—¡Oh!

MERCEDES.—¡Diga!

(Mercedes espera. Teresa, con la ansiedad pintada en el rostro, avanza un pasito... Muy bajo)

TERESA.—¿Quién?

MERCEDES.—¡Chiss! Diga... *(Escucha un ratito. Luego, con un guiño, se vuelve hacia Teresa y Amelia)* No contesta nadie.

AMELIA.—¿Nadie?

MERCEDES.—Nadie.

AMELIA.—¡Qué raro!

TERESA.—Bueno... Será una confusión.

MERCEDES.—Eso. Una confusión. *(Se va a Amelia, la toma del brazo y volviendo a su tono anterior, marchan juntas hacia la derecha)* ¡Ay, Amelia!

AMELIA.—¡Ay, Mercedes, Mercedes!

(Salen las dos por la derecha. Una vez sola, Teresa va al fondo, mira hacia dentro, se convence de que no hay nadie y, rápidamente, regresa, se sienta en el sofá, toma el auricular y se dispone a marcar un número... Y en ese instante, con gran sigilo, asoma en el fondo Fernando. Es un hombre que va por los cuarenta años, bien plantado, optimista, jovial. Se detiene un instante en la entrada y llama)

FERNANDO.—¡Chiss! ¡Teresa!

(Teresa, lívida, se pone en pie de un salto. Cuelga el teléfono. Un grito sofocado)

TERESA.—¡Ay! ¡Fernando!

FERNANDO.—*(Encantado)* ¡Teresa!

TERESA.—¡Tú, aquí!

FERNANDO.—¡Sí!

TERESA.—Pero ¿cómo has entrado? ¿Cómo has llegado hasta aquí?

FERNANDO.—Muy sencillo. Llamé. Tus criadas me abrieron la puerta. Yo dije: vengo en busca de la señora... Y aquí estoy.

TERESA.—¡Dios mío! ¡Tú, en mi casa...!

FERNANDO.—¡Sí!

TERESA.—*(Miedosísima)* ¡Vete! ¡Vete ahora mismo!

FERNANDO.—¡Quia! ¡Eso, jamás...!

(Teresa cruza presurosa la escena y cierra la puerta del cuatro de Marita)

TERESA.—*(Suplicante)* Pero ¿te has vuelto loco? Todavía no se han marchado Marita y Alfredo. Están ahí las amigas de mi hija... ¡Fernando! ¿Qué pretendes poniéndome en esta situación?

FERNANDO.—*(Sonríe)* ¿Y me lo preguntas tú?

TERESA.—¿Qué buscas aquí, Fernando?

FERNANDO.—Lo mío...

TERESA.—¡Oh!

FERNANDO.—Lo mío... Tu cariño.

TERESA.—*(Apuradísima)* ¡Oh, loco, más que loco!

FERNANDO.—Mi Teresa...

TERESA.—Fernando, Fernando...

(Fernando, con dulce violencia, la atrae hacia sí y la besa. Y en este justísimo instante aparecen en el fondo María y Juana, que se quedan boquiabiertas ante lo que ven)

MARÍA.—¡Señora!

(Teresa y Fernando se separan rápidamente. Ella da un grito)

TERESA.—¡Ayyy! ¿Qué...? ¿Qué quieres?

MARÍA.—Digo que si la señora nos necesita ya sabe dónde nos tiene...

TERESA.—¡Sí! *(María y Juana, impresionadísimas, se van. Fernando sonrío tan tranquilo. Teresa, muy excitada, comienza a pasear de un lado para otro)* ¡Oh! Nos han visto, nos han visto...

FERNANDO.—¡Sí!

TERESA.—Es horrible, Fernando. Aquí, en mi propia casa...

FERNANDO.—Me alegro. Ya estoy harto. De un momento a otro voy a descubrir toda la verdad a gritos...

TERESA.—No, por Dios. A gritos, no.

FERNANDO.—¡Sí! Desde esta terraza, para que se entere todo el mundo. Ya tengo pensado mi discurso. Escucha. ¡Pueblo de Madrid! He aquí al hombre más feliz del mundo. Soy yo, Fernando Monreal, de cuarenta y tres años de edad, arquitecto...

TERESA.—¡No, Fernando, no!

FERNANDO.—Mujer... *(Muy serio)* ¿Por qué voy a ocultar que soy arquitecto?

(Ella se deja caer en un sillón, junto a la mesa camilla. Con la voz ahogada)

TERESA.—Fernando, Fernando... ¿Por qué has venido?

FERNANDO.—*(Muy decidido)* Porque no puedo más. ¿Me oyes? Hasta hoy, he respetado tus condiciones. ¡Silencio! Absoluto silencio. ¡Que nadie conozca nuestro secreto! Pero ya se acabó...

TERESA.—*(Asustadísima)* ¡Calla!

(Fernando se acerca y habla más bajo. Con mucha ternura)

FERNANDO.—¿Recuerdas nuestro pacto? Callaremos —me dijiste muchas veces— hasta que se case mi hija. Ese día se lo diremos a ella... y a todos. Pues bien: hace dos horas que tu hija se ha casado en la iglesia de la Concepción. Yo

he presenciado la ceremonia desde un rinconcito de la iglesia, sin ser visto, ocultándome a las miradas de la gente, con los ojos puestos en aquella chiquilla cuya felicidad era la mía porque me daba la libertad para quererte. Y ya no puedo esperar más. ¿Me oyes? ¡No quiero! Hoy se acabó el misterio. Se acabaron las citas en los cafés solitarios. Se acabaron las entrevistas clandestinas...

(Teresa, ruborizadísima, se pone en pie, y, sin poderlo remediar, mira alrededor de sí misma)

TERESA.—¡Calla!

FERNANDO.—¡Oh!

TERESA.—¡Fernando! Te lo suplico... No hables así en esta casa.

(Fernando la mira. Sonríe. Calla. Mira en torno)

FERNANDO.—¡Oh! Perdóname. Olvidaba que aquí eres todavía la otra. La viuda respetable que ha renunciado al amor...

(Dentro se oye la voz de Marita que llama)

MARITA.—*(Dentro)* ¡Mamá!

(Teresa se queda inmóvil)

TERESA.—¡Dios mío! Mi hija... Escóndete, Fernando. ¡Aprisa! Entra en esa habitación... Es mi alcoba.

FERNANDO.—Teresa...

TERESA.—Escóndete... Por piedad.

FERNANDO.—Está bien. *(La mira. Después marcha hacia la izquierda. Ya en la puerta)* Pero nunca más me volveré a esconder. No lo olvides.

(Sale. Queda Teresa sola)

TERESA.—¡Oh!

(Y al punto de la puerta de la derecha brotan alegres y jubilosas Catalina, Trini, Amelia y Mercedes, que cruzan la escena corriendo en dirección hacia el fondo)

TRINI.—¡Ya! ¡Ya! ¡Ya!

CATALINA.—¡Ya está lista!

MERCEDES.—¡Vamos a despedirlos en el portal!

AMELIA.—¡Vamos, vamos!

MERCEDES.—¡Adiós, Teresa!

TODAS.—¡Adiós! ¡Adiós!

(Salen las cuatro alborozadamente, y al mismo tiempo aparece Marita, en la puerta de la derecha. Ya viste un traje de viaje. Se detiene un instante en el umbral, mirando a su madre. Luego, avanzan la una hacia la otra y se abrazan en el centro)

MARITA.—¡Mamá! ¡Mamaíta!

TERESA.—Nena...

MARITA.—Adiós, mamá. *(Un suave silencio)* Mamá, yo te prometo que siempre estarás orgullosa de mí. Mi sueño es ser en todo en todo, una mujer como tú...

TERESA.—*(Inquietísima)* ¡No! Eso, no.

MARITA.—¿Cómo?

TERESA.—Bueno, quiero decir...

(Y en el fondo, seguido de María, que se queda allí, aparece Alfredo. También viste para el viaje. Lleva un pequeño neceser y una gabardina al brazo. También lleva un pequeño libro)

ALFREDO.—¡Ea! Ya estoy listo. En un periquete. Oye, Marita. He pensado que lo mejor será que lleves tú el coche. Porque aunque yo no estoy nada nervioso. Pero nada...

MARITA.—*(Ceñuda)* ¡Cállate!

ALFREDO.—*(Cohibido)* ¡Je! Bueno.

MARITA.—¿Qué llevas ahí? ¿Qué libro es ese?

ALFREDO.—Una novela policíaca. Por si me desvelo esta noche...

MARITA.—*(Un grito)* ¿Qué?

ALFREDO.—¡Marita!

MARITA.—Pero, ¿es que esta noche te vas a poner a leer una novela policíaca?

ALFREDO.—*(Con toda lógica)* ¡Mujer! Si me desvelo...

MARITA.—¡Ayyyyy! ¡Ay, mamá! Pero ¿tú has oído? Pero ¿con quién me he casado yo?

ALFREDO.—Marita, ¡escucha! Yo te explicaré...

MARITA.—¡Cállate! ¡No me digas nada!

ALFREDO.—Oye, Marita...

MARITA.—¡Cállate! ¡Y no me mires! Te digo que no me mires...

(Sale Marita disparada por el fondo, seguida de Alfredo. Quedan en escena Teresa y María. Esta, que está todavía bajo el dintel de la puerta del fondo, se asoma y mira a derecha e izquierda como buscando algo. Muy bajito)

MARÍA.—¿Dónde está?

TERESA.—En mi alcoba...

MARÍA.—¿Ya?

TERESA.—*(Angustiadísima)* María.

(María, inflexible, la mira de arriba a abajo, y, con muchísima dignidad sale por el fondo. Teresa, sola, abrumada, toda en apuros, se abandona en un sillón junto a la mesa camilla. Y, de codos sobre la mesa, esconde la cara entre las manos. Un silencio. Muy despacito, surge Fernando por donde se fue... Sin ruido alguno, llega junto a ella. Sonríe)

FERNANDO.—Eres maravillosa. Teresa. ¿Cómo has podido sostener esta doble vida? ¿Cómo has podido ser dos mujeres en una durante tanto tiempo?

(Un rapidísimo silencio. Teresa alza la cabeza y se vuelve hacia Fernando. Parece otra. Todo sonrío en su rostro... Los ojos, la boca)

TERESA.—¡No lo sé! Ahora, casi, casi me parece un imposible... ¿Cómo ha podido ser? *(Se calla. Vuelve a sí misma. Y sonrío complacida)* Todos los días, al volver de mi otra vida, al salir de tus brazos, mientras abría la puerta de esta casa, sin saber cómo, yo volvía a ser la de siempre. La madre de Marita. Abajo, en la calle quedaba la otra... *(Sonríe)* ¡La otra! Tan distinta. Tan alegre. Tan coqueta. Tan despreocupada. ¿Cómo es posible que las dos fueran una misma? Mi hija, sin saberlo, tuvo la culpa de que en su madre naciera otra mujer. Yo llevaba muchos años, tantos años, entregada al único cariño de Marita. Ya casi había olvidado que entre los hombres y las mujeres existe el amor. De pronto, un día, cuando Marita tenía quince años me di cuenta de que mi hija tenía su primer novio. Nunca me lo confesó... Pero no hizo

falta. Si tú supieras cómo se transformó aquella chiquilla. A todas horas le brillaban los ojos, tenía la frente ardiendo, hablaba, reía, gritaba, qué sé yo... A mí misma, me quería más que nunca. Una noche, por causalidad la oí hablar por teléfono con él. Y no la reconocí. No era mi niña. Era una mujer que yo no conocía... ¡Qué palabras! Cuánta ternura, cuánta pasión, cuánta entrega, cuánta felicidad... Aquello, Fernando, aquello que hacía tan feliz a mi hija era el amor. ¡El amor! El único milagro que ocurre todos los días. Y el deseo y la ilusión de ser yo también feliz, como lo era mi hija, se me metieron en el alma y en el corazón y ya no fui dueña de mí. ¿Por qué no podía yo ser tan dichosa como lo era mi pequeña, como lo eran tantas y tantas mujeres? ¿Por qué seguir renunciando al amor si todavía me quedaba juventud? Y, desde entonces, poco a poco, sin saber cómo, como si algo me empujara, empecé a ser otra mujer. Con mil disimulos, con mil mentiras pequeñas, para que nadie sospechara nada. Todos los días salía a la calle con el alma llena de ilusiones y de esperanzas que solo conocía yo. Preparada para esperar el milagro de un poquito de amor. Soñaba, soñaba y soñaba... Me gustaba pasear sola por las calles al anochecer. Me pasaba las mañanitas en el Retiro, soñando entre los árboles...

FERNANDO.—(Sonriendo) Justo. Allí nos conocimos una mañana...

(Teresa alza la cabeza y le mira. Con otro tono)

TERESA.—No, hombre. Tú y yo nos conocimos en la Estación del Norte...

FERNANDO.—No.

TERESA.—¡Ah! ¿No?

FERNANDO.—No, no...

TERESA.—¿Estás seguro?

FERNANDO.—¡Segurísimo!

TERESA.—(Muy natural) Entonces, no digas más. Te confundo...

FERNANDO.—(Picadísimo) ¿Cómo que me confundes? ¿Con quién?

TERESA.—(Dignísima) ¡Fernando! Por favor... No seas suspicaz. (Y, con mucha tranquilidad, vuelve a su anterior actitud. Vuelve a sonreír. Está encantada) Después de todo, yo no he hecho más que vivir ese sueño imposible que viven muchas mujeres. Ser una, sin dejar de ser la otra. Porque la verdad es que yo en ningún momento me he sentido hipócrita. ¡Quia! Eso sí que no. Ya me conoces. Tan sincera era cuando era yo, yo, la mujer que todo lo sacrifica por una hija, por un hogar, por un nombre; que vive rodeada del respeto y de la admiración de los demás; como cuando era, al mismo tiempo, una hora cada día, a veces solo un minuto, el tiempo que dure el beso más largo, la

otra... *(Se le ilumina el rostro con una dulce sonrisa. Es muy dichosa evocando)*
 ¿Te acuerdas? ¿Te acuerdas de aquel salón de té que se llamaba «Mississippi»
 donde nos citábamos al principio de nuestras relaciones? Nos sentábamos al
 fondo, en el rinconcito tapizado de azul... Siempre que nos dábamos un beso
 nos sorprendía el camarero y tú te ponías más colorado. Como los hombres
 sois tan vergonzosos... Y enseguida, me preguntabas: ¿nos ha visto? Yo, para
 tranquilizarte, te decía que no. Pero la verdad es que el camarero nos veía
 siempre...

*(Se ríe con la mejor gana. Mientras, Fernando, que la estaba
 mirando fijamente, se ha quedado terriblemente serio)*

FERNANDO.—*(Casi ronco)* Teresa.

TERESA.—¡Ay! ¿Por qué me miras así?

FERNANDO.—¡Teresa! Yo no he estado nunca contigo en un salón de té: entre
 otras razones, porque odio los salones de té. Y, desde luego, estoy seguro,
 segurísimo, de que jamás, jamás, te he besado en público...

TERESA.—*(Muy sorprendida)* ¡Ah! ¿No?

FERNANDO.—¡No!

TERESA.—*(Muy interesada)* Entonces, ¿no eras tú?

FERNANDO.—¡¡No!!

TERESA.—¡Jesús! ¡Qué cabeza tengo! ¡Lo confundo todo...!

FERNANDO.—¡¡Teresa!!

TERESA.—*(Asustada)* ¡Ay! ¿Qué?

FERNANDO.—*(Terrible)* Mírame.

TERESA.—Pero, Fernando...

FERNANDO.—¡Mírame! ¿Es que no he sido el único?

TERESA.—*(Muy disgustada)* ¡Fernando! Debería darte vergüenza ser tan egoísta...

FERNANDO.—¡¡Teresa!! *(Suena en este momento el timbre del teléfono. Los dos se
 quedan inmóviles y, maquinalmente, vuelven la cabeza hacia el aparato.
 Teresa avanza. Pero Fernando, que está más próximo, toma nerviosamente el
 auricular)* ¡Maldita sea! ¡Diga!

(Y espera)

TERESA.—¡Oh!

FERNANDO.—¡Diga! *(Deja de golpe el auricular sobre la horquilla)* ¡Qué raro! No
 contesta nadie. Y, sin embargo, juraría que al otro extremo del hilo había
 alguien. He oído como una respiración... *(Volviéndose hacia Teresa y*

mirándola con obstinada fijeza) ¡Teresa! ¿Qué quiere decir esto? ¿Quién te llamaba por teléfono?

(Teresa, vivamente interesada, da un paso hacia él)

TERESA.—Oye. Pero, ahora que caigo, ¿no eras tú el que ha estado llamando durante toda la tarde de ese modo tan misterioso?

FERNANDO.—¡¡No!!

TERESA.—¡Oh!

FERNANDO.—Yo solo llamé una vez y hablé contigo. Cuando salíais para la iglesia...

TERESA.—¡Ay, Dios mío! *(Muy asustada)* Entonces no digas más...

FERNANDO.—¿Qué?

TERESA.—Era Nicolás...

(Fernando casi pega un salto. Gritando)

FERNANDO.—¡¡Teresa!!

TERESA.—¡Ay!

FERNANDO.—¿Quién es Nicolás?

TERESA.—Fernando...

FERNANDO.—¡¡Dilo!!

TERESA.—*(Indignada)* Pero, Fernando, querido, ¿cómo voy a explicarte, ahora, en un momento, quién es Nicolás? Vamos, hombre.

FERNANDO.—¡¡Teresa!!

(Y va hacia ella. En el fondo, aparece María evidentemente impresionada)

MARÍA.—¡Señora!

TERESA.—¿Qué?

MARÍA.—Ahí hay otro...

FERNANDO.—¿Otro?

MARÍA.—¡Otro!

TERESA.—¡Oh!

MARÍA.—Con permiso de la señora, yo creo que lo mejor será dejar la puerta abierta...

(Desaparece. Fernando avanza otra vez hacia Teresa)

FERNANDO.—Teresa, Teresa... ¿Quién es el otro?

(Dentro se oye una voz masculina, alegre y jubilosa, que avanza)

UNA VOZ.—*(Dentro)* ¿Dónde está? ¿Dónde está mi reina?

(Teresa se incorpora como movida por un resorte)

TERESA.—¡Ay!

FERNANDO.—¿Qué?

TERESA.—¡Nicolás!!

FERNANDO.—¡Caramba! ¡Qué casualidad!

(Y mentalmente se prepara para algo terrible. En el fondo, aparece Nicolás. Este Nicolás es simpático, desenvuelto. Tiene un acento argentino. Se planta vivamente alborozado, emocionadísimo, ante Teresa)

NICOLÁS.—¡Oh, Teresa!

TERESA.—*(Casi emocionada)* Nicolás...

NICOLÁS.—*(Fascinadísimo)* La viejita...

TERESA.—*(Transición)* ¡No! Eso no. Te he dicho muchas veces que no me llames viejita...

NICOLÁS.—Ya somos libres. Ya podemos querernos. Ya casó la niña y yo que lo vi. Me pasé la tarde escondidito detrás de la vidriera del café de enfrente de la iglesia con mi pobre corazón brincándome en el pecho como un pajarito. Y, al fin, salió la comitiva. Y apareció la pebeta vestida de blanco del brazo del muchacho. ¡Che, qué linda estaba! Y a mí me pareció que en el aire había música de ángeles y que las campanitas repicaban a gloria. Porque tú ya eras libre y ya podíamos querernos. ¡Mi reina! Cuando lo sepan en Buenos Aires... *(Está encandiladísimo. Da un paso hacia ella)* Pero ¿es que no dices nada? ¿Es que no vas a darme un beso? ¿Eh? ¿Es que no vas a darme un beso?

(Y avanza, decidido por completo. Pero se detiene al oír la ronca voz de Fernando)

FERNANDO.—¡Quieto!

TERESA.—Fernando... Por Dios.

NICOLÁS.—¡Oiga!

FERNANDO.—Si da usted un paso más...

NICOLÁS.—Pero ¿qué dice, viejo?

FERNANDO.—(*Molestísimo*) ¡De viejo, ni hablar!

(*Nicolás, muy sorprendido, se vuelve hacia Teresa*)

NICOLÁS.—Oye, ¿quién es este? ¿Por qué está aquí? ¿Es de la familia? ¿Es algún primo?

FERNANDO.—(*Furiosísimo*) ¡Soy su padre!

NICOLÁS.—(*Atónito*) ¿Su padre?

FERNANDO.—Sí.

NICOLÁS.—(*Amoscado*) ¡No me diga, viejo!

FERNANDO.—¡No! (*Hecho una furia*) ¡Viejo, no! He dicho que viejo, no...

(*Teresa, que está muy asustada, se interpone entre los dos hombres*)

TERESA.—Un momento, Fernando. Es necesaria una explicación. Yo lo diré todo...

FERNANDO.—¡No! No hace falta. Está muy claro. (*Se vuelve hacia Nicolás y le mira fijamente*) De manera que el que se ha pasado la tarde llamando por teléfono era este... criollo.

NICOLÁS.—¡Alto! ¿Qué dice el viejo?

FERNANDO.—¡Maldita sea! Si me vuelve a llamar viejo no respondo...

NICOLÁS.—Yo no llamé por teléfono...

FERNANDO.—¡Ah! ¿No?

NICOLÁS.—Pues claro que no... (*Mirando a Teresa con mucho arrobo*) ¿Y para qué había de llamar, si sabía que ella me esperaba?

TERESA.—Nicolás... Modérate, que no estamos solos.

(*Un silencio. Fernando, que está como obsesionado por algo que se le acaba de ocurrir, se vuelve hacia Teresa con los ojos abiertos de par en par. Y con una calma escalofriante*)

FERNANDO.—¡Hola! Entonces, ¿es que todavía hay otro?

NICOLÁS.—¿Cómo otro?

FERNANDO.—(*Irritadísimo*) ¡Cállese usted!

NICOLÁS.—¡Che!

FERNANDO.—Habla, Teresa. ¿Quién es el que llamaba por teléfono? ¿Quién es el otro?

TERESA.—(*Francoamente preocupada*) Pues espérate que haga memoria. Porque como tengo esta cabeza, así, de momento, no caigo...

FERNANDO.—(*Con espanto*) Pero, Teresa... ¿Qué dices?

TERESA.—(*De pronto. Muy segura*) Ya está. Tiene que ser Federico...

FERNANDO.—¿Federico?

NICOLÁS.—¡Demonio! ¿Y quién es Federico?

(*Dentro se oye una voz juvenil que avanza impetuosa pasillo adelante*)

UNA VOZ.—(*Dentro*) ¡Teresa! ¡Teresa! ¿Dónde estás?

(*Fernando y Nicolás se estremecen visiblemente. Teresa, en cambio, se pone muy contenta y avanza hacia el fondo presurosa con las manos extendidas*)

FERNANDO.—¿Qué?

NICOLÁS.—(*Al tiempo*) ¿Qué?

TERESA.—¡Ay! Ahí está. ¿No lo dije? Es él, es él. ¡Federico! Si no me podía fallar. ¡Federico!

(*Por el fondo, irrumpe Federico. Un muchacho muy joven con deportivo aspecto de estudiante. Entra casi de un salto. Gozosísimo*)

FEDERICO.—¡Hip! ¡Hip! ¡Hurra!

TERESA.—¡Chiquillo!

FEDERICO.—¡Mi Teresa! Este es nuestro día. Al fin se ha casado Marita, y ya pueden saber todos que nos queremos. Aquí me tienes. He contado las horas y los días y los minutos. Ya eres mía. ¡Oh, Teresa, Teresa!

TERESA.—(*Enternecida, halagadísima*) ¡Qué chiquillo! Pero qué chiquillo eres...

FEDERICO.—¡Hip! ¡Hip! ¡Hurra!

(*Ríe Teresa encantada. Y avanzan el uno hacia el otro con las manos extendidas. Pero se inmovilizan al oír la voz airada de Nicolás*)

NICOLÁS.—¡No la toque!

FEDERICO.—¿Cómo?

NICOLÁS.—Le juro, compadre, que si la toca...

TODOS.—¡Oh!

TERESA.—*(En medio, como una mártir)* Nicolás. Nicolás... Pero ¿es que os habéis propuesto entre todos darme la tarde? ¡Oh! No os lo perdonaré nunca, nunca.

(Fernando, que antes se acercó a Nicolás para contenerle, ahora le sacude afectuosamente unas cariñosas palmaditas en la espalda)

FERNANDO.—Ea, ea. No se excite. Ya se irá usted acostumbrando. Yo, como he llegado el primero...

(Federico, que está muy sorprendido, se dirige a Teresa)

FEDERICO.—¡Teresa! ¿Es que pasa algo de particular?

TERESA.—Hombre... Te diré.

FERNANDO.—Nada, nada. ¿Qué va a pasar? Que estamos muy contentos de tener entre nosotros un representante de la nueva generación. ¡Je! Vaya, vaya con Federico. Conque era usted el que esta tarde llamaba por teléfono una y otra vez... ¿Eh?

FEDERICO.—No, señor.

FERNANDO.—*(Un escalofrío)* ¿Cómo?

FEDERICO.—Yo no he llamado por teléfono...

FERNANDO.—¡Ah! Entonces, eso quiere decir que aún queda otro...

FEDERICO.—¿Otro?

NICOLÁS.—¡Cuatro!

FEDERICO.—Pero, Teresa...

FERNANDO.—*(Furiosísimo)* ¡Habla, Teresa! ¿Quién es el cuarto?

(Los tres hombres se vuelven hacia Teresa y la miran de un modo entre amenazador y expectante)

TERESA.—Pues, mirad, no lo sé, la verdad. Estoy desorientada. Ahora ya puede ser cualquiera...

LOS TRES.—¡Teresa!

(Y en ese instante surge en el fondo Don José. Un viejecito. Un viejecito menudo, pulcro y elegante que usa bastón. Viene muy contento y desde la entrada llama muy dichoso)

DON JOSÉ.—¡Teresa! ¡Teresita! ¡Je!

(Todos se vuelven rápidamente hacia él. Fernando, Nicolás y Federico se quedan estupefactos)

TODOS.—¡Oh!

TERESA.—*(Muy conmovida)* ¡Dios mío! ¡José!

DON JOSÉ.—¡Teresa! ¡Mi querida Teresa! Ya se ha casado la niña y aquí estoy yo... Yo cumplo siempre mi palabra.

(A la izquierda, juntos, en grupo, están Fernando, Nicolás y Federico, que no pueden apartar los ojos del recién llegado. Teresa avanza hacia Don José toda ternura)

TERESA.—¡José! ¿Y esa bronquitis?

DON JOSÉ.—¡Huy! Tan campante...

TERESA.—¿Y el reuma?

DON JOSÉ.—¡Anda! En verano, ni lo noto. ¡Je! Estoy hecho un roble, lo que se dice un roble. *(Muy pícaro)* ¡Teresa! ¡Teresita! Esta tarde he llamado varias veces por teléfono. Pero como nunca oía esa preciosa voz y a mí me gusta ser discreto... ¿eh?

TELÓN

ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

El mismo decorado del acto anterior.

(Se reanuda la acción en el instante justo en que terminó el cuadro anterior. En escena, por lo tanto, siguen Teresa, Fernando, Nicolás, Federico y Don José. Todos en la misma actitud en que estaban. Fernando, Nicolás y Federico prosiguen mirando a Don José como hipnotizados. El anciano, tan risueño. Hay un silencio suavísimo)

DON JOSÉ.—¡Je! Vaya, vaya, vaya...

(Otro silencio. Teresa, muy despacito, cruza la escena hacia la derecha. Fernando, un poco después, la sigue)

FERNANDO.—¡Teresa!

TERESA.—*(Noblemente)* Fernando... Espero que no irás a decir alguna grosería.

FERNANDO.—No, no.

TERESA.—Gracias.

FERNANDO.—No es eso. Es que, simplemente, me gustaría estar preparado para todo. *(Mira en torno ampliamente)* ¡Teresa! Ya somos cuatro. *(Muy bajito)* ¿Van a venir más?

MARÍA.—*(Dubitativa)* Pues... *(Piensa muy detenidamente. Los mira a todos de uno en uno. Suspira. Y, al fin, con la mayor sinceridad)* No lo sé.

FERNANDO.—¡No lo sabe! *(Admiradísimo)* ¿Han oído ustedes? ¡No lo sabe!

NICOLÁS.—¡Che, qué cosa!

FEDERICO.—*(Emocionadísimo)* Es increíble...

(Otro silencio. De pronto, Don José algo amoscado)

DON JOSÉ.—Un momento. ¿Eso quiere decir que todos hemos venido a lo mismo?

FERNANDO.—¡Naturalmente! *(Indignado)* ¿O es que creía usted que era el único?

(Don José mira en torno y posa los ojos en Federico poseído del más profundo estupor)

DON JOSÉ.—¡Caray! Pero ¿el muchacho también?

FEDERICO.—¡También! *(Enojadísimo)* ¡Le molesta?

(Don José vuelve a mirar alrededor de sí mismo y mueve significativamente la cabeza)

DON JOSÉ.—¡Huy, huy, huy...! Pues esto no me gusta nada. *(Un poco dolido)* ¡Teresa! Usted me dijo que, llegado este momento, a lo sumo seríamos dos. Y a mí, eso, me pareció bien...

FERNANDO.—¡De veras?

DON JOSÉ.—¡Claro! Porque dos es lo natural... Se discute un poco y ya está: siempre se llega a un acuerdo.

FERNANDO.—*(Estupefacto)* A ver... ¡Repita eso!

DON JOSÉ.—*(Muy mundano)* Hombre, no se haga usted el inocente. ¡Je! *(Se calla y vuelve a mirar en torno muy inquieto)* Pero, la verdad, siendo cuatro, no sé cómo nos vamos a arreglar... Difícil, muy difícil.

(Fernando, Nicolás y Federico apartan los ojos de Don José, y casi inconscientemente se miran entre sí atónitos, consternados. Hablan muy bajito)

NICOLÁS.—¡Che, qué viejo!

FERNANDO.—Es un descarado...

(Federico, muy indignado, se dirige a Don José)

FEDERICO.—Pero ¿no le da a usted vergüenza? Pretender a su edad...

DON JOSÉ.—Mire, pollo. Yo tengo que pensar en mi porvenir...

FEDERICO.—¡Ah! Luego, ¿confiesa usted que viene por interés?

DON JOSÉ.—Hombre, le diré. Me parece que ya es hora de que uno se recoja y tenga un hogar... Vamos, digo yo.

FEDERICO.—Pero ¿ustedes oyen?

FERNANDO.—¡Je! Cuando yo digo que es un descarado...

FEDERICO.—¡Hay que ver! *(Con nobilísima decepción)* Y estos son los del 98...

(Don José, muy risueño, va hacia Teresa)

DON JOSÉ.—Bueno, Teresa. Mientras usted convence a estos caballeros para que se vayan..., porque pase lo que pase, el elegido voy a ser yo, ¡je!, ¿no es así?, yo voy a dar un vistazo por el piso. ¡Je! (*Muy pillito*) Porque a mí, ¡je!, a mí me gusta tenerlo todo previsto...

(Desaparece por el pasillo. Los tres hombres que quedan en escena se miran sin dar crédito a lo que ven. Después, uno tras otro, se vuelven hacia Teresa. Una gran pausa. Federico es el primero que da un paso)

FEDERICO.—¡Teresa! Yo no puedo más. ¿Qué quiere decir todo esto? ¿Qué hacen aquí estos hombres? (*Muy emocionado*) ¿Es que te has burlado de mí? Tú, Teresa. Mi sueño. Mi ideal.

(Teresa, bajo las miradas de los tres, da unos pasos hacia el centro)

TERESA.—Federico, Nicolás, Fernando... Amigos míos. A mí no me gusta engañar a nadie. (*Transición*) Bueno: quiero decir que lo que está sucediendo es muy natural. Tenía que suceder... Yo ni siquiera me atrevía a pensar en ello. Pero lo esperaba. Durante estos últimos años, a todos los hombres que se acercaban a mí para hacerme el amor, y conste que han sido bastantes, yo les decía lo mismo: no seré dueña de mis actos hasta que se case mi hija. Solo ese día podré disponer de mí misma. Hoy, al fin, se ha casado Marita. Y, claro, lo natural era que algunos de esos hombres vinieran a recoger mi palabra... (*Pasea sobre los tres una lenta mirada. Y mueve la cabeza con cierto disgusto*) Por cierto, yo esperaba más...

FERNANDO.—(*Atónito*) ¿Más?

TERESA.—Sí... Pero no importa. Quiero que sepáis que a vosotros os estoy muy agradecida. Porque si bien es cierto que sois pocos, también es cierto que sois los leales, los de verdad. (*Vuelve a mirarlos de uno en uno*) ¡Fernando! ¡Federico! Nicolás! Estoy muy orgullosa de vosotros. (*Los tres se miran y al mismo tiempo bajan la cabeza modestamente. Ella habla ahora con evidente melancolía*) De los otros, de los que no han venido, no quiero ni hablar... (*Muy digna*) ¿Para qué? Lo mejor es el olvido... Y la culpa es mía, y solo mía, por poner ilusiones en quien no se lo merece.

(Se sienta en un sillón, saca un pañuelito y se seca una lágrima. Federico y Nicolás, insensiblemente, casi conmovidos, dan un

paso hacia ella. Fernando, terriblemente ceñudo, se queda solo a la izquierda)

FEDERICO.—¡Oh, Teresa!

NICOLÁS.—Viejita...

FEDERICO.—No pienses más en ellos, que aquí estoy yo.

FERNANDO.—¿Cómo que aquí estoy yo? Querrá usted decir que aquí estamos nosotros...

FEDERICO.—*(Insolente)* No, señor. Si hubiera querido, lo hubiera dicho. Pero he dicho que aquí estoy yo... Nada más. ¿Se entera?

FERNANDO.—¿De veras?

FEDERICO.—¡Sí!

FERNANDO.—¡Hombre! *(Y muy decidido avanza hacia él)* Con las ganas que tenía yo de...

FEDERICO.—¿Sí? ¿Eh?

(Y avanza también. Pero Teresa, rápidamente, se interpone entre los dos)

TERESA.—¡No! No, Fernando. Eso no. Permíteme que te diga que no estás a la altura de las circunstancias...

FERNANDO.—¿Tú crees?

TERESA.—Y tú tampoco, Federico, ea. Siempre serás el mismo. Un niño. Un chiquillo impetuoso y egoísta que, cuando se enamora, siempre quiere ser el único. *(Con mucha ternura)* Habráse visto... *(Sonríe)* Claro que, bien pensado, ese es tu encanto. Por eso me fascinaste cuando te conocí. ¿Te acuerdas?

FEDERICO.—¿Te acuerdas tú? ¿Te acuerdas de nuestros paseos por la Moncloa al atardecer?

TERESA.—Por la Casa de Campo...

FEDERICO.—Por la Moncloa...

TERESA.—¿De veras? Bueno. Pues eso, será. Oye. ¿Y tú? ¿Te acuerdas cuando nos citábamos en aquel salón de té que se llamaba «Mississippi»?

FEDERICO.—¡Teresa! *(Repentinamente serio)* Ese no era yo.

TERESA.—¡Ah! ¿No?

FEDERICO.—¡No!

TERESA.—¿Tampoco? Pero, Dios mío, entonces, ¿con quién he ido yo al «Mississippi»?

NICOLÁS.—*(Furioso)* ¡Conmigo!

TODOS.—¡Oh!

TERESA.—¡Jesús! ¡Qué cabeza la mía! Era Nicolás...

NICOLÁS.—¡Sí! Era yo...

TERESA.—Pobrecito, pobrecito...

NICOLÁS.—¡Era yo! Y ni siquiera se acuerda. ¡Oh! Cuando sepan en Buenos Aires cómo se trata a un argentino en la madre patria...

(Fernando se acerca a Nicolás con muchísimo interés)

FERNANDO.—¡Hombre! Entonces era usted el perillán que la besaba a escondidas del camarero, ¿eh? Era usted...

NICOLÁS.—¡Claro! ¿Y cómo no la iba a besar, mi amigo? *(Muy dolido, muy romántico)* Allí había tanto ambiente. Era un rinconcito oscuro, tapizadito de azul. Un farolito apagado...

(Fernando, de pronto, indignadísimo, se revuelve como un energúmeno)

FERNANDO.—¡Eso es un tango!

TODOS.—¡Oh!

FERNANDO.—*(Frenético)* Y a mí tangos, no. ¡Ea! ¡Tangos, no!

TODOS.—¡Oh!

(Hablan los cuatro a un tiempo)

NICOLÁS.—Oiga, amigo...

TERESA.—Pero, Fernando...

FEDERICO.—¡Oh!

FERNANDO.—¡He dicho que tangos no! ¡Maldita sea!

(Y en este instante, tan apacible, aparece en el fondo Don José)

DON JOSÉ.—¡Teresa! ¿Cuánto tiempo hace que compró usted este piso?

TERESA.—Cinco años.

DON JOSÉ.—Pues está muy bien conservado. Vaya si lo está. Pero, de todos modos, me parece que habrá que hacer obras... En el baño, hay goteras. *(Mirándolo todo, con mucho aire experto ha cruzado la escena y ya está junto a la puerta de la izquierda. Se asoma al interior y guiña muy pícaro)* Oiga. ¿Esta es su alcoba?

TERESA.—¡Sí!

DON JOSÉ.—¡Ah! (*Dichosísimo*) ¡Qué feliz voy a ser cuando dentro de poco yo también pueda decir que esa es mi alcoba!

(*Y sale. Fernando, Nicolás y Federico, como animados por un impulso unánime, avanzan a un tiempo para lanzarse sobre Don José, que ya ha desaparecido*)

FEDERICO.—¿Qué?

NICOLÁS.—¿Qué ha dicho?

FERNANDO.—¡Lo mato!

(*Teresa se ha adelantado y se ha interpuesto entre ellos y la puerta*)

TERESA.—¡No! Eso, no.

LOS TRES.—¡Oh!

TERESA.—(*Severísima*) ¡Fernando! ¡Nicolás! ¡Federico! Vais a conseguir que me avergüence de vosotros.

FEDERICO.—Pero Teresa. Si es que lo que está pasando...

TERESA.—¡A callar! (*Los tres, muy mohínos, bajan la cabeza ante tan justa reprimenda*) ¿Os parece bonito? ¿Es esta una manera de portarse? ¿Es esto todo lo que se os ocurre para resolver una situación como la nuestra? (*Dolorosamente*) ¡Oh! Los hombres, los hombres. En qué conflictos la meten a una...

(*Los tres se miran atónitos. Ella pasea hacia el fondo. Fernando está en primer término a la derecha. Nicolás solo, sentado en el sofá. Federico, en el fondo, en el umbral de la entrada. Hay un silencio. Fernando se vuelve despacio*)

FERNANDO.—(*Con gravedad*) Creo que tienes razón. Dejémos de discusiones inútiles. Dejémos de pelear a la española por una mujer. Después de todo nuestro problema es más sencillo de lo que parece. Hemos acudido a tu casa algunos de los hombres a quienes tú habías citado para hoy... (*Un poquito emocionado mira a Nicolás, mira a Federico y se mira a sí mismo*) Seguramente, hemos acudido los que te queríamos de verdad...

TERESA.—(*Un paso*) Fernando...

FERNANDO.—Calla. (*Un silencio*) Cada uno de nosotros se creía el único: el elegido de tu corazón. Ahora, al descubrir que nos has engañado, estoy seguro de

que cada uno de nosotros te quiere más. Precisamente por eso: porque nos has engañado... Los hombres somos así. Aquí nos tienes, Teresa. A tus pies. La decisión, por tanto, ha de ser tuya...

TERESA.—*(Muy bajo)* ¿Mía?

FERNANDO.—Sí, Teresa. Míranos bien. Y elige a uno de nosotros...

(Teresa desde lejos le mira. Y en voz más baja todavía)

TERESA.—¿Tengo que elegir yo?

FERNANDO.—¿Por qué no? Es la única solución correcta. Y si estos señores están conformes...

(Nicolás, muy emocionado, abandona el sofá y avanza hacia Fernando)

NICOLÁS.—¡Señor mío! Permita usted que, muy sinceramente, un caballero argentino felicite a un caballero español... Yo estoy de acuerdo. ¡Que elija ella! Y deme usted un abrazo.

FERNANDO.—¡Hombre! Con mucho gusto... *(Casi conmovido)* Pero, qué simpático... ¡Qué simpático es este Nicolás!

NICOLÁS.—¡Apriete! ¡Apriete!

(Y se abrazan con la mayor efusión. Mientras, Federico se ha acercado al grupo)

FEDERICO.—Yo también estoy conforme. ¡Que decida ella!

FERNANDO.—*(Afectuosísimo)* Bien, muchacho. ¿Me permites que te tutee?

FEDERICO.—*(Encantado)* ¡Uf! Lo estaba deseando...

FERNANDO.—*(Muy padre)* Vamos a ver. ¿Qué estudias?

FEDERICO.—¡Arquitectura!

FERNANDO.—¡Hombre! ¡Qué casualidad! Pero si yo soy arquitecto...

FEDERICO.—*(Contentísimo)* ¡No!

FERNANDO.—*(Igual)* Que sí, que sí...

FEDERICO.—Pero, entonces, usted es Fernando Monreal...

FERNANDO.—¡El mismo!

FEDERICO.—El arquitecto del Cine Imperio...

FERNANDO.—¡Sí!

FEDERICO.—Pero si es usted mi ídolo...

FERNANDO.—¿De veras?

FEDERICO.—(*Emocionadísimo*) ¡Maestro!

FERNANDO.—(*Igual*) ¡Hijo!

(*Y se funden en un gran abrazo y se golpean ardorosamente las espaldas. Nicolás se entusiasma*)

NICOLÁS.—¡Caballeros! (*Con toda su alma*) ¡Viva España!

(*Teresa que, al otro extremo de la escena, en jarras, ha contemplado absorta los diálogos que anteceden, casi suelta un grito y pega un puñetazo sobre la mesa*)

TERESA.—¡Basta!

LOS TRES.—¡Oh!

(*Los tres se vuelven hacia ella rápidamente. Ella comienza a pasear de un lado para otro, hablando como para sí. Está indignadísima y se le saltan las lágrimas*)

TERESA.—Basta, sí, basta. Es intolerable, sencillamente intolerable. Se abrazan, se quieren, aquí, aquí mismo, en mi presencia, cuando de verdad deberían estar matándose. ¡Qué poca vergüenza!

FEDERICO.—¡Teresa!

TERESA.—¡Cállate!

FEDERICO.—¡Oh!

TERESA.—Y estos son los hombres. Sí, estos son los hombres. Horribles, abominables, detestables...

NICOLÁS.—(*Muy asombrado*) Pero ¿qué dice la viejita?

TERESA.—(*Chillando y llorando a lágrima viva*) ¡No me llames viejita! (*Teresa se deja caer en un sillón junto a la mesa camilla, seca sus lágrimas con muchísimo coraje y se encara rabiosamente con Fernando, que está al otro extremo, a la derecha*) Conque he de ser yo quien elija, ¿eh?

FERNANDO.—¡Sí!

TERESA.—(*Muy decidida*) Está bien. Puesto que vosotros lo habéis querido, ¡elegiré!

(*Los tres inconscientemente se vuelven, la miran y hacen el ademán de dar un paso hacia ella*)

FEDERICO.—(*Un murmullo*) Teresa...

TERESA.—Pero, naturalmente, no puedo escoger así, a ciegas. Para decidirme, he de saber lo que ofrece cada uno de vosotros... (*Se los queda mirando. Ellos, uno a uno, bajan la cabeza. Ella sonríe. Con malicia, con coquetería*) Vamos a ver: de uno en uno. ¿Qué me ofreces tú, Federico?

FEDERICO.—¿Yo? (*El muchacho, muy emocionado, se vuelve, impetuosamente, apasionadamente, hacia ella*) ¿Que qué te ofrezco yo? Pero ¿es que no lo sabes? Te ofrezco mi corazón, mi alma. ¡Mi vida entera!

TERESA.—Chiquillo...

FEDERICO.—Te ofrezco hasta lo que me separa de ti. Mi juventud, mi torpeza, mi inexperiencia... Todo eso, Teresa, todo eso. Todo para ti.

(*Se arroja de rodillas a sus pies, le toma una mano y se la besa apasionadamente*)

TERESA.—Federico... criatura. Es una oferta maravillosa. (*Le mira. Sonríe con ternura. Después alza la cabeza y mira a los otros*) Un niño. ¿Verdad? Pero esa es su fuerza... Por eso hay que disculpar a una pobre mujer si durante un poco de tiempo, el tiempo que dura un sueño bonito, se deja conquistar por ese sueño de juventud. (*Le mira. Le acaricia suavemente el cabello*) Le conocí hace dos años —¿te acuerdas, Federico?—, en una fiesta de la Ciudad Universitaria. Me conmovieron su entusiasmo y su pasión y su alegría. Tanta juventud... Durante días y días me siguió por las calles, me esperaba a la vuelta de todas las esquinas, me escribía cartas apasionadas. Me quería como lo que es, como un estudiante. Como solo quieren los hombres una vez: sin pensar en él mismo. ¡Como si en el mundo solo existiera yo!

FEDERICO.—¡Oh, calla, Teresa, calla! (*Se incorpora y marcha hacia el fondo, en medio de un silencio. Llega hasta Fernando que está allí, solo, y le interroga con ansiedad*) Maestro, ¿he estado bien?

FERNANDO.—(*Sincerísimo*) Hijo... Has estado soberbio.

FEDERICO.—Entonces, ¿cree usted que tengo alguna probabilidad?

FERNANDO.—Hombre... No hay que perder la esperanza.

FEDERICO.—(*Conmovido*) Gracias.

FERNANDO.—De nada...

(*Teresa, en una transición, muy voluble, se encara con Nicolás*)

TERESA.—Bien. (*Sonríe*) Ya habló el primero. ¿Y tú, Nicolás? ¿Qué es lo que me das?

NICOLÁS.—(*Muy optimista*) Pero, m'hijita, ¿y cómo lo dudas? Yo te ofrezco mucho más que el chico...

FEDERICO.—(*Se revuelve*) ¡Oiga!

FERNANDO.—¡Quieto!

(*Nicolás, mientras, avanzó hacia Teresa*)

NICOLÁS.—Escuchame, reina. Yo soy muy rico... ¡Oh, no, no! Pero no rico de pesos, de esos que tienen un carro americano grande y reluciente, una casa linda en San Isidro y sacos de plata en los bancos de la Calle Corrientes. Yo soy mucho más rico que esos ricos. ¿Y sabes por qué? Porque tengo imaginación. Cuando cierro los ojos y sueño, me siento el gobernador del mundo... Y son míos los boulevares de París, y el Arco de Triunfo, y los Canales de Venecia, y la estatua de la Libertad y el palacio de Buckingham y el mar azul de La Plata y el cielo de mi Buenos Aires querido...

FERNANDO.—(*Entre dientes*) Pero, hombre... ¡Otro tango!

NICOLÁS.—Así te quiero, m'hijita. Para darte, no lo que tengo, que eso lo daría cualquiera, sino para alcanzar con la mano todo lo que puedas soñar y dártelo también. Porque la verdad es que desde aquel día que tú sabes yo te quiero, Teresa, yo te quiero de verdad...

(*Se calla. Baja la cabeza. Teresa le mira enternecida*)

TERESA.—(*Muy bajo*) Pero, Nicolás... ¿Estás llorando?

NICOLÁS.—¡Che! Es que soy un criollo sentimental...

(*Un silencio. Nicolás marcha solo hacia el fondo. Durante un instante todos le siguen con la mirada. Al cabo, ella, muy despacito, vuelve sobre sí misma y se queda mirando a Fernando*)

TERESA.—Ya solo faltas tú, Fernando. ¿Qué me puedes ofrecer?

FERNANDO.—¡Pchs! Casi nada...

TERESA.—(*Un suave temblor en la voz*) ¿De verdad?

FERNANDO.—Solo puedo ofrecerte a mí mismo. Y soy poca cosa... Un hombre. Un juguete. (*Un silencio*) Yo no puedo ofrecerte juventud, como Federico, porque ya no soy joven. Tampoco puedo ofrecerte el Arco de Triunfo, porque es de Nicolás... Yo solo puedo ofrecerte cariño.

TERESA.—¡Ah!

FERNANDO.—Cariño, mucho cariño... (*Emocionado*) No tengo otra cosa.

TERESA.—¡Oh! Eso es tanto, tanto... *(Ella da unos pasos pensativa. Se queda en el centro del escenario. Los mira de uno en uno. Sonríe)* Juventud, imaginación, cariño... En realidad, ¿quién ofrecerá más?

(En ese momento, muy satisfecho, asoma Don José por la izquierda)

DON JOSÉ.—¡Teresa! Yo le ofrezco medio millón...

(Un sobresalto unánime e indignadísimo en Fernando, Nicolás y Federico, que dan un paso hacia Don José)

TODOS.—¡Oh!

FEDERICO.—¡Miserable!

FERNANDO.—¡Canalla!

NICOLÁS.—Pero ¿cómo se atreve?

(Teresa, que está sola a la derecha, ríe. Don José está a la izquierda rodeado por Fernando, Nicolás y Federico)

DON JOSÉ.—¡Oigan! ¡Oigan! ¿Es que les parece poco? Pues yo creo que en medio millón este piso está muy bien pagado...

TODOS.—¿Cómo?

FERNANDO.—¡Oiga! Entonces, ¿lo que usted quiere es el piso?

DON JOSÉ.—¡Claro!

TODOS.—¡Oh!

DON JOSÉ.—Pero, hombre, ¿qué se habían ustedes creído? Quiero este piso, sí, señor. Le he hecho a Teresa muchísimas ofertas y ella siempre me ha contestado lo mismo. Cuando se case mi hija hablaremos. Por eso estoy aquí. Porque quiero el piso. ¡Ea!

TODOS.—¡Oh!

FERNANDO.—¡Acabáramos!

(Y Fernando, Nicolás y Federico se separan de Don José y van hacia el fondo. Teresa continúa riendo con la mejor gana)

TERESA.—¡Pobre José! Ha habido un equívoco. Mientras usted se interesa por mi piso, estos tres caballeros estaban haciéndome el amor...

(Don José, muy severo, se encara con los tres)

DON JOSÉ.—¿Cómo? ¿Es verdad eso?

TERESA.—¡Sí!

DON JOSÉ.—¿De modo que le estaban ustedes haciendo el amor para quedarse con el piso? ¡Ah! Pues conmigo, no pueden. Lo que haga otro, hago yo. ¡Teresa!

TERESA.—¿Qué?

DON JOSÉ.—Si para conseguir el piso hay que hacer un sacrificio... se hace. Me caso con usted.

TERESA.—¿Será usted capaz?

DON JOSÉ.—Por conseguir un piso soy capaz de todo. *(Da unos pasitos y se sitúa junto a los otros tres que se han reunido a la izquierda)* ¡Ea! Ya puede usted elegir...

(Teresa, desde el otro lado, mira el grupo que componen los cuatro hombres. Y sonrío)

TERESA.—Bien... La verdad es, señores, que cualquier mujer, en mi caso, se sentiría muy halagada. No es nada... Cuatro caballeros, cuatro magníficos caballeros, dispuesto cada uno de ellos a ser mi marido. Realmente, es una situación extraordinaria. Lo terrible es que yo tengo que elegir... *(Un silencio. Baja los ojos y sonrío)* Y no puedo elegir...

DON JOSÉ.—¿Por qué?

TERESA.—*(Un silencio. Muy bajo. Muy bajo)* Porque ya estoy casada...

(Los cuatro hombres, maquinalmente, vuelven atónitos la cabeza hacia ella. Don José tan sobrecogido queda que casi no se le oye)

DON JOSÉ.—¿Cómo? ¿Que está usted casada?

TERESA.—*(Suavemente)* Sí... Me casé en secreto, hace un año, a las seis de la mañana, en la parroquia de un pueblecito, cerca de Madrid. No lo sabe nadie. Él y yo prometimos tener nuestro matrimonio oculto hasta que se casara mi hija.

(Los cuatro hombres, con los ojos clavados en ella, están poseídos por el más profundo asombro. Un silencio muy tenue)

DON JOSÉ.—¡Hola! ¿Y quién es su marido?

(Los cuatro la miran fijamente sin moverse. Ella dirige una sonriente mirada al grupo. Luego se vuelve de espaldas y marcha hacia el primer término de la derecha. Se queda así, de espaldas a ellos. Con los ojos clavados en el suelo)

TERESA.—Mi marido está aquí en este momento...

DON JOSÉ.—*(Absorto)* ¿Aquí?

TERESA.—Sí... Aquí. Él me está oyendo. Mi marido es uno de ustedes.

(Un intenso silencio. Ni Fernando, ni Federico, ni Nicolás han dejado de mirar a Teresa, sin pestañear. Ella continúa vuelta de espaldas. Don José se aparta del grupo y se vuelve hacia los otros tres)

DON JOSÉ.—¡Demonio! ¿Y quién es? *(Silencio. Después, Fernando, Nicolás y Federico, como respondiendo a un mismo pensamiento, se separan bruscamente, sin mirarse, y marcha cada uno a un lugar del escenario. Don José, que se queda en el centro, está atónito. Como quien ve visiones)* Caramba, caramba, caramba... *(Otro silencio. Don José, muy nervioso, da un paso hacia Teresa)* Por favor, señora, si él no lo dice, dígalo usted, que no puedo más...

TERESA.—No. *(Un silencio)* Tiene que ser él el que lo diga... Tengo mis razones. *(Se vuelve bruscamente, cruza la escena, sin mirar a ninguno, llega hasta la terraza. Ya está anocheciendo. Toca un conmutador y la escena se ilumina con la tibia luz de dos o tres pantallas. Y desde allí mismo)* Buenas noches, señores. Espero que mi marido sabrá hacerles los honores de la casa...

(Entra en la terraza. Desaparece. Quedan en escena Fernando, Nicolás, Federico y Don José. Los tres primeros ni se mueven. Don José mira en torno boquiabierto)

DON JOSÉ.—¡Caballeros! Por favor. Estamos entre hombres... ¿Quién es el marido? *(Espera. Pero Nicolás, Federico y Fernando continúan inmóviles e impenetrables. Los mira de uno en uno. De pronto, a Federico)* Oiga, pollo. ¿Es usted? No me extrañaría nada porque la juventud de ahora...

FEDERICO.—*(Irritado)* ¡Cállese!

DON JOSÉ.—¡Oh! Está bien. *(A Nicolás)* ¡Je! ¿Es usted?

NICOLÁS.—¡Che, viejo! *(Enfadadísimo)* ¡No me venga con macanas!

DON JOSÉ.—Bueno, bueno... *(Se queda mirando largamente a Fernando y sonrío muy contento)* Oiga... ¿A que sí? ¿A que es usted?

FERNANDO.—¡Fuera! ¡Váyase de una vez!

DON JOSÉ.—(*Dignamente*) Está bien. Me voy. Pero mañana por la mañana volveré...

(Y desaparece. Quedan solos Fernando, Nicolás y Federico. Fernando está en primer término a la derecha. Nicolás, en igual posición, a la izquierda. Y Federico en el fondo. Los tres giran lentamente y se miran. Un silencio)

FERNANDO.—Bien... Supongo que uno de nosotros tiene algo que decir a los demás.

(Un silencio. Nicolás mira largamente a Federico y después a Fernando. Al fin, se repliega en sí mismo y baja la cabeza)

NICOLÁS.—Yo, no.

(Otro silencio. Fernando mira de reojo al muchacho y luego, de frente, a Nicolás)

FERNANDO.—Yo, tampoco.

(Fernando y Nicolás clavan los ojos en el muchacho. Y esperan. Federico, de pronto, decidiéndose, da unos pasos adelante)

FEDERICO.—¡Señores! Yo...

(Fernando y Nicolás van hacia él llenos de ansiedad)

LOS DOS.—¿Qué?

(Federico se contiene. Mira al uno y al otro casi con odio. Y retrocede)

FEDERICO.—Nada. (*Un silencio*) Yo también volveré mañana... Buenas noches.

(Y casi corriendo, escapa por el fondo. Fernando y Nicolás se quedan estupefactos mirándose el uno al otro. Un breve silencio)

FERNANDO.—Oiga. ¿Será este chico el marido de Teresa?

NICOLÁS.—¿Y por qué no? (*Muy preocupado*) Precisamente, a la edad de Teresa es cuando las mujeres hacen las mayores tonterías...

FERNANDO.—(*Una transición. Sonríe muy dueño de sí mismo*) No, no puede ser.

NICOLÁS.—¿Por qué?

FERNANDO.—¡Hombre! Está clarísimo. Porque si Teresa hubiera querido casarse con un arquitecto hubiera elegido uno con la carrera acabada... Digo yo.

NICOLÁS.—(*Indignado*) ¡Oiga! No me sea presuntuoso...

FERNANDO.—¡Je! (*Otro silencio. Ya hace un tiempo que están los dos sentados en el sofá*) Por curiosidad... ¿En qué fecha conoció usted a Teresa?

NICOLÁS.—¿Yo?

FERNANDO.—Sí, sí... Usted.

NICOLÁS.—¡Je! (*Sonríe para sí mismo. Tiernamente... Con un suspiro*) Recién hace tres años...

FERNANDO.—¡Oh!

NICOLÁS.—(*Despacito, muy dichoso con la evocación*) Yo vine a la madre patria con el corazón henchido de ilusiones. Yo estaba deseoso de incrementar las relaciones entre los hombres y los pueblos de habla española...

(*Fernando se pone en pie indignadísimo*)

FERNANDO.—¡Vaya usted a paseo!

NICOLÁS.—¿Cómo?

FERNANDO.—Si aprovecha usted la ocasión para hacer política de la Hispanidad, hemos terminado. ¡Ea!

NICOLÁS.—(*Muy extrañado*) ¿Qué me dice?

FERNANDO.—¡Siga! De modo que usted conoció a Teresa hace tres años...

NICOLÁS.—¡Sí!

FERNANDO.—¿Dónde?

NICOLÁS.—(*Muy conmovido*) En los toros...

FERNANDO.—Hombre...

NICOLÁS.—Allí estaba, sentadita a mi lado, en la barrera. ¡Oh! Fue una tarde maravillosa. ¿Sabe? Yo adoro la fiesta bárbara española...

FERNANDO.—(*Con enorme altivez*) ¡Yo no!

NICOLÁS.—(*Extrañadísimo*) ¡Ah! ¿No?

FERNANDO.—¡No! ¿Qué pasa?

(*Nicolás se le queda mirando y mueve la cabeza con franco reproche*)

NICOLÁS.—Así está España...

(Fernando da unos pasos y se aleja. Muy enojado. Muy pensativo. De pronto, en el fondo, se detiene y se queda mirando a Nicolás)

FERNANDO.—Tres años. La conoció usted hace tres años...

NICOLÁS.—*(Un suspiro)* Sí...

FERNANDO.—¿Y qué pasó?

(Nicolás baja la cabeza y sonríe modestamente)

NICOLÁS.—Hombre, hombre, hombre...

FERNANDO.—Hable o...

NICOLÁS.—Pero ¡qué esperanza! No querrá que se lo cuente... Yo soy un caballero.

FERNANDO.—*(Avanzando)* ¿De verdad? *(Y avanza más como para lanzarse sobre él. Nicolás espera risueño. Fernando, en una transición, se detiene)* ¡Oh! Perdone. No sé lo que hago. *(Va a la mesa camilla, se deja caer en un sillón y esconde la cara entre las manos)* Es para volverse loco...

(Un silencio muy leve. Nicolás, muy despacio, sonriendo, va hasta Fernando y le da unos golpecitos en el hombro)

NICOLÁS.—Oiga. ¿Y usted?

FERNANDO.—¿Yo?

NICOLÁS.—Sí, mi amigo. Usted, usted. ¿Desde cuándo conoce a Teresa?

(Fernando desvía la vista. Para sí mismo)

FERNANDO.—La conocí hace cinco años, poco más o menos. Después, estuvimos mucho tiempo sin vernos. Pero yo no la podía olvidar...

NICOLÁS.—*(Sentimental)* ¿Qué va a decirme a mí, viejo?

FERNANDO.—¿Se da cuenta?

NICOLÁS.—¡Claro!

FERNANDO.—Luego, nos volvimos a encontrar...

NICOLÁS.—¿Y qué?

FERNANDO.—¿Cómo que y qué?

NICOLÁS.—¿Y qué hubo?

FERNANDO.—*(Furioso)* ¿A usted qué le importa?

NICOLÁS.—¡Je!

(Nicolás sonrío, triste, muy triste y marcha despacito al sofá, donde se sienta. Un silencio. Al cabo, Fernando vuelve la cabeza, ve la actitud de Nicolás, se pone en pie, y va hacia él en un impulso)

FERNANDO.—Escuche, Nicolás.

NICOLÁS.—¿Qué?

FERNANDO.—No, nada...

(Vuelve. Nicolás sigue sonriendo)

NICOLÁS.—El chico la conoció hace dos años. Usted hace cinco. Y yo, tres. Teresa se casó hace un año. Luego, cualquiera, cualquiera de nosotros tres puede ser el marido de Teresa...

FERNANDO.—Sí. *(Muy despacio)* Cualquiera. *(Los dos se miran en medio de un silencio, fijamente, obstinadamente, casi con desafío. Los dos al tiempo vuelven los ojos hacia la terraza. Después vuelven a encontrarse sus miradas. Fernando, de pronto, como tomando una decisión, marcha hacia el fondo)* Buenas noches.

NICOLÁS.—Buenas noches.

FERNANDO.—Estoy seguro de que nos volveremos a ver...

(Y sale. Queda Nicolás solo, sentado en el sofá, muy pensativo. Hay una pausa. Mira a la terraza y sonrío. Se pone pie. Muy despacito avanza hacia la terraza. Pero cuando llega a mitad de camino se detiene. Parece que piensa algo. Sonríe. Ya decidido, regresa, toma su sombrero de donde esté, se encamina hacia el fondo y sale. La escena está sola un instante. Por la terraza asoma, prudentemente, Teresa. Ve que no hay nadie y entra con sigilo, casi de puntillas. Va hasta el fondo y llama bajito)

TERESA.—María, María...

(Aparece María)

MARÍA.—¡Señora!

TERESA.—¿Se han ido?

MARÍA.—Sí, señora...

TERESA.—*(Muy emocionada. Casi sin voz)* ¿Los tres?

MARÍA.—Los tres...

(Teresa se queda un segundo mirando a María. Luego, regresa a primer término y se deja caer en un sillón. Y con la voz velada por las lágrimas, con mucha emoción)

TERESA.—¡Dios mío! ¡Qué tonto! ¡Qué tonto es! Pues ¿no cree que le he engañado?

TELÓN

CUADRO SEGUNDO

El mismo decorado. A la mañana siguiente.

(No hay nadie en escena al levantarse el telón. Por el fondo, entra Juana precediendo a Mercedes, a Amelia, a Trini y a Catalina)

JUANA.—Pasen, pasen las señoritas, y esperen todo lo que gusten. La señora salió y no dijo a dónde iba. Pero yo me pienso que no tardará...

(Las cuatro chicas avanzan)

MERCEDES.—¡Qué silencio! ¡Qué callado está todo sin Marita! La verdad es que ahora, en esta casa se van a aburrir muchísimo...

JUANA.—¡Huy! ¡Qué va!

MERCEDES.—¡Ah! ¿No?

JUANA.—No, señorita. Con decirle a usted que yo me iba a despedir y me quedo...

(Y sale. Las muchachas se miran un poco sorprendidas)

CATALINA.—¡Ay! ¿Qué habrá querido decir?

TRINI.—Pues vete a saber...

(Mercedes, seguida de Amelia, avanzó hasta la mesa camilla)

MERCEDES.—¡Chiss! Venid. Se me ocurre una idea...

CATALINA.—A ver, a ver...

(Las cuatro están ya en torno a la mesa camilla)

MERCEDES.—Mirad. Yo creo que si Teresa sospecha que venimos a hacerle un ratito de compañía porque hoy es su primer día sin Marita, se va a poner más triste de lo que está, porque debe de estar tristísima, y se va a echar a llorar...

TRINI.—¡Ay, sí!

CATALINA.—Eso es verdad...

MERCEDES.—Tenemos que hacer algo por Teresa. Hay que sacarla de su tristeza y de su soledad. Claro que nos va a ser muy difícil. Porque ya sabéis cómo es ella de virtuosa, de mojigata, de seria y de todo eso...

AMELIA.—¡Huy!

CATALINA.—¡Que si es!...

(En este momento, en el pasillo del fondo, aparece Don José. Viene con su metro desplegado bajo el brazo, un lápiz y un pequeño bloc. Se queda allí mirando los muebles del pasillo y apuntando algo. Indudablemente está haciendo un inventario)

MERCEDES.—Teresa tiene que cambiar de vida, porque así no va a ninguna parte la pobrecita. Ya lo dice mi madre, que también es viuda. Y conste que a mamá no se le escapa nada.

TRINI.—¡Nada!

CATALINA.—¡Digo! Menuda es tu madre...

MERCEDES.—*(Satisfechísima)* ¿Verdad que sí?

AMELIA.—Bueno. Pero que yo me entere. ¿Qué podemos hacer nosotras por Teresa?

MERCEDES.—Es muy sencillo. ¿Queréis que le busquemos un *flirt*?

(En ese momento, don José, que actuaba con absoluta indiferencia respecto al diálogo de las muchachas, pega un respingo y se le cae el metro)

LAS TRES.—*(Encantadas)* ¡Ay!

AMELIA.—¿Un *flirt*?

MERCEDES.—¡Claro!

AMELIA.—Pero si Teresa no tiene costumbre...

MERCEDES.—Bueno. Pero nosotras sí... *(Muy suya)* Mira: Teresa lo necesita. Durante muchos años de viuda ha vivido muy alejada de los hombres. Y hoy, precisamente hoy, es el momento crítico. Se siente sola y abandonada. Está a punto. La llevaremos por ahí. Tomaremos el aperitivo en dos o tres sitios. Y estoy segura, segurísima, de que enseguida encontraremos una proporción para Teresa...

AMELIA.—¡Ay, sí! *(Experta)* A la hora del aperitivo lo que se quiera...

CATALINA.—Bueno. Pero ¿qué clase de hombre?

TRINI.—Mujer... Pues una cosita que esté bien.

MERCEDES.—A ver... De momento, lo que haya. Mira: yo en estas cosas tengo mucha mano. El verano pasado en Zarauz, a mi tía Rosa le busqué un *flirt* precioso, precioso, con un americano. Y a mamá, no se diga... No sé qué sería de ella sin mí. Y eso que mamá y tía Rosa son muy conocidas. Con Teresa, que es novedad, la cosa va a ser coser y cantar...

CATALINA.—(*Contentísima*) ¡Bravo! ¡Bravo!

MERCEDES.—Entonces, ¿estamos de acuerdo?

TODAS.—(*Aplaudiendo*) ¡Sí, sí!

MERCEDES.—¡Lo que nos vamos a divertir!

(*Don José, que ha escuchado todo lo anterior, francamente alarmado, ahora avanza*)

DON JOSÉ.—¡Señoritas!

(*Las chicas se asustan y se ponen en pie*)

TODAS.—¡Ay!

CATALINA.—¿Qué?

AMELIA.—¿Quién?

MERCEDES.—¿Quién es este señor?

DON JOSÉ.—Un momento. ¿De verdad, de verdad se proponen ustedes buscar un *flirt* para Teresa?

MERCEDES.—(*Asombradísima*) Pues claro...

DON JOSÉ.—(*Muy apurado*) Pero, señoritas, eso es una barbaridad. Eso lo va a complicar todo más de lo que está...

MERCEDES.—¡Ay! ¿Por qué?

DON JOSÉ.—¿Qué va a decir el marido?

TODAS.—¿Qué?

MERCEDES.—¿Qué marido?

DON JOSÉ.—¡Toma! ¡El marido de Teresa!

(*Las cuatro muchachas, con un estremecimiento unánime, se agitan y gritan a un tiempo*)

TODAS.—¡Ayyy!

MERCEDES.—¿Qué?

AMELIA.—¿Qué ha dicho? Repítalo...

TODAS.—¡Ayyy!

(Y las cuatro avanzan hacia Don José y le rodean nerviosamente)

MERCEDES.—¿Qué dice usted? Pero si Teresa es viuda desde hace veinte años...

DON JOSÉ.—¡Ca!

TODAS.—¿Cómo?

DON JOSÉ.—Eso creía yo... Pero Teresa se volvió a casar en secreto hace un año.

TODAS.—*(Al tiempo)* ¡No!

DON JOSÉ.—¡Sí!

TODAS.—¡Ayyy!

(Todas agitadísimas, hablan a la vez)

CATALINA.—¡Ay, ay, Dios mío!

MERCEDES.—¡Ay, Catalina!

AMELIA.—¡Ay, Trini! ¡Teresa casada!

TRINI.—¡Casada!!

MERCEDES.—¡Y en secreto!

TODAS.—¡Sííí!

MERCEDES.—¡Ah! Pues esto tiene que saberlo mamá enseguida...

(Y corre al teléfono y, muy nerviosa y muy aprisa, marca un número. Mientras las otras tres, excitadísimas, rodean a Don José)

TODAS.—¡Ay, ay, ay!

AMELIA.—¡Hable usted!

CATALINA.—Diga, diga...

TRINI.—¡No se calle!

CATALINA.—Cuéntelo todo...

AMELIA.—¡Vamos! A prisa, a prisa...

DON JOSÉ.—*(Sofocadísimo)* Pero, señoritas...

(Mercedes, que ya ha logrado la comunicación, habla por teléfono, tan excitada como las otras)

MERCEDES.—*(Al teléfono)* ¡Mamá! ¡Mamá! Soy yo. ¿Me oyes? ¿Sí? Pues prepárate...

¡Teresa está casada! Sííí... Como lo oyes. Casada y muy casada. ¡En secreto!

Hace un año. ¿Cómo? No. No le conocemos todavía. No nos lo han presentado.

Pero para mí que es un señor viejecito que anda por aquí...

DON JOSÉ.—(*Alarmadísimo*) ¡¡No!! Yo, no.

(Va muy diligente hasta la mesita, le arranca a Mercedes el auricular de las manos y habla él)

MERCEDES.—¡Ay!

DON JOSÉ.—(*Al teléfono*) ¡Señora! Le doy a usted mi palabra de honor de que el marido de Teresa no soy yo. ¿Cómo? No, señora. Seguro, seguro, no se sabe. Pero hay tres sospechosos...

(Las cuatro chicas gritan a la vez)

TODAS.—¿Qué?

DON JOSÉ.—(*Al teléfono*) ¡Oiga! ¡Oiga! ¿Está usted ahí? ¡Señora! ¡Señora! ¡¡Hable!! *(Y, muy asustado, le brinda el auricular a Mercedes)* ¡Señorita! Para mí que su mamá se ha desmayado...

TODAS.—¡Oh!

MERCEDES.—(*Al teléfono*) ¡¡Mamá!! ¡Mamá! ¡Mamaíta! ¿Estás ahí? ¿Sí? ¡Ay, mamá, qué susto me has dado! ¡Claro! Si yo también me he quedado sin respiración. Oye. No cuelgues, ¿eh? No te muevas de ahí. No te retires del aparato, que ya te iré dando noticias... *(Deja el auricular descolgado sobre la mesita y va a reunirse con las otras en torno a Don José, que se ha sentado en un sillón, junto a la mesa camilla)* Ahora mismo nos lo va usted a contar todo. Porque mamá no puede más de curiosidad...

DON JOSÉ.—¡Señoritas! No sé si debo...

TODAS.—¡Sí!

DON JOSÉ.—Entonces, escuchen...

TODAS.—(*Un murmullo*) A ver, a ver...

(En el fondo, aparece Federico. Viene muy contento y muy satisfecho)

FEDERICO.—¡Chiss! ¡Don José!

(Don José se pone en pie. Las chicas se vuelven expectantes)

TODAS.—¿Eh?

DON JOSÉ.—¡Muchacho!

(*Federico avanza muy decidido y muy risueño*)

FEDERICO.—¡Querido don José! ¿No han venido los otros?

DON JOSÉ.—Todavía no...

FEDERICO.—¿De verdad? (*Muy ilusionado*) Pues entonces, va usted a ser el primero que lo sepa...

DON JOSÉ.—¿Qué? ¿Qué?

FEDERICO.—¡Don José! (*Radiante*) ¡El marido de Teresa soy yo!

(*Una gran sensación*)

TODOS.—¿¡Qué!?

FEDERICO.—¡Sííí! Soy yo. Soy yo...

(*Don José, el pobre, se ha puesto en pie casi de un brinco. Las chicas, alborotadísimas, rompen a hablar todas al tiempo*)

TODAS.—¡Ay!

CATALINA.—¡Trini!

TRINI.—¡Amelia!

AMELIA.—¡Catalina!

TRINI.—¡¡ÉL!!

CATALINA.—¡¡Es él...!!

AMELIA.—¡El marido...!

(*Mientras, Mercedes ha corrido hasta el teléfono, ha cogido el auricular y, a voces, ya está hablando nerviosamente*)

MERCEDES.—(*Al teléfono*) ¡¡Mamá!! ¡¡Mamaíta!! Ya está aquí. Ya ha llegado el marido de Teresa. Te digo que si no lo veo, no lo creo. ¡¡No!! ¡Qué va! ¡Es un chico joven! ¿Cómo? ¿Cómo que cómo de joven? (*De pronto, en una repentina inspiración, se vuelve a Federico*) Oiga. ¿Es usted del SEU?²

FEDERICO.—¡Naturalmente!

2 Surgido en 1933 de la mano de Falange Española, el Sindicato Español Universitario (SEU) fue entre 1939 y 1965 el organismo obligatorio de encuadramiento de los estudiantes universitarios españoles. Véase Miguel Ángel Ruiz Carnicer. *El Sindicato Español Universitario, SEU: 1939-1965*. Madrid: Siglo XXI de España, 1996. La primera comedia publicada de Ruiz Iriarte, *Un día en la gloria*, lo fue precisamente en una revista del SEU, *Haz* (n.º 1, 1943).

MERCEDES.—(*Al teléfono*) ¡Del SEU, mamá! ¡Es del SEU! No te digo más...

DON JOSÉ.—(*Emocionadísimo*) Muchacho, muchacho. ¿Quién lo iba a pensar? Usted, usted el marido de Teresa... A mis brazos, perillán. A mis brazos...

FEDERICO.—¡Oh!

(*Se abrazan estrechamente*)

MERCEDES.—(*Al teléfono*) ¿Cómo? ¿Qué dices? ¿Que dónde lo ha encontrado?
(*Transición. Naturalísima*) Bueno. Mi madre está a la que salta...

FEDERICO.—Dígale que nos conocimos en la Ciudad Universitaria...

MERCEDES.—(*Al teléfono*) ¡En la Ciudad Universitaria! Anda, mamá, para que aprendas. Te lo tengo dicho muchas veces. Es que no cultivas la juventud. Te pasas la vida en Villa Rosa,³ y allí, para que lo sepas, no hay nada que hacer... Pero, nada, nada.

(*En este momento aparece en el fondo Nicolás. Trae el rostro resplandeciente y un aspecto muy primaveral*)

NICOLÁS.—¡Buenos días!

(*Todos se vuelven hacia él*)

TODOS.—¡Oh!

NICOLÁS.—¡Che! ¡Qué sorpresa! La casa llena de caras bonitas... (*Avanza y saluda muy gentil a Don José y a Federico*) ¿Cómo está el viejo? ¿Qué se dice el pibe? ¿No saben? ¿No saben que voy a darles la gran noticia? ¿No saben que voy a descubrir el secreto?

FEDERICO.—(*Huraño*) ¿Usted?

NICOLÁS.—Pues claro... (*Mira en torno, complacidísimo, lleno de dicha*) Sépanlo todos de una vez. ¡El marido de Teresa soy yo!

TODOS.—(*Un grito unánime*) ¡¡Qué!

(*Un revuelo general. Nicolás está en el centro*)

FEDERICO.—(*Irritadísimo*) ¡No! Eso no es verdad...

NICOLÁS.—¿Y cómo no, pibe? Si lo sabré yo...

3 Tablado flamenco en la Plaza de Santa Ana de Madrid, fundado en 1911. Hasta su cierre en 1960, pasaron por él personalidades célebres como Ava Gardner, Hemingway o el rey Alfonso XIII.

CATALINA.—¡Amelia!

AMELIA.—¡Trini!

TRINI.—¡Catalina!

MERCEDES.—*(Al teléfono)* ¡Mamá! ¡Mamá! ¿Estás ahí, mamá?

(Don José se vuelve severísimo hacia Federico)

DON JOSÉ.—¡Joven! ¿Qué significa esto?

FEDERICO.—¡No es verdad! ¡No es verdad!

MERCEDES.—*(Al teléfono)* ¡Otro! ¡Ha llegado otro que dice que es el marido de Teresa! ¡Síííí! ¡Mamá, por Dios, que no miento! Te lo juro, te lo juro, te lo juro... *(De pronto se vuelve hacia Nicolás y le ofrece el auricular)* Caballero, por favor, ¿quiere usted decírselo a mamá, que no se lo quiere creer?

NICOLÁS.—*(Muy amable)* ¿Y cómo no m'hijita? Si me encanta... *(Muy tranquilo, muy sonriente, toma el auricular, se sienta en el sofá y comienza a hablar. Las cuatro chicas le rodean muy curiosas)* Aló, aló... ¿Cómo está la señora? Tanto que lo celebro. Habla Nicolás Luchetti, para servirla. Sí, señora. Argentino. ¿Cómo lo adivinó? De la mismita orilla del Plata... Papá era italiano, y mamá francesa. Pero yo soy muy, muy español... ¡Che, qué cosa la madre patria!

(Las cuatro chicas, entusiasmadas, casi rompen a aplaudir)

CATALINA.—¡Ay!

TRINI.—¡Es estupendo!

AMELIA.—¿Sabéis lo que os digo? ¡Que me gusta este más que el otro!

MERCEDES.—¡Chiss! Callaos. Siga, siga usted, que mamá se está poniendo muy nerviosa...

NICOLÁS.—*(Al teléfono)* El amor... ¿Quién puede explicar el amor? Es tan bello milagro, señora. Nos conocimos una tarde. Nos casamos una mañana. Una mañanita clara de mayo, en la iglesia de un pueblecito, a la hora del alba. Todavía recuerdo el olor del trigo y el piar de los pajaritos...

(Unos momentos antes, a tiempo de oír el último párrafo de Nicolás, ha entrado Fernando por el fondo. Como todos tenían los ojos clavados en Nicolás no le ha visto nadie. Ha permanecido allí, quieto, escuchando. Y ahora, sin moverse de su sitio, dice muy sereno)

FERNANDO.—Miente usted.

(Todos se vuelven súbitamente hacia Fernando)

TODOS.—¿Eh?

FEDERICO.—¿Qué?

NICOLÁS.—Oiga...

(Federico y Nicolás le miran con ceño. Trini, Amelia y Catalina casi saltan. Mercedes se apodera nuevamente del auricular del teléfono)

FERNANDO.—Usted no es el marido de Teresa.

AMELIA.—*(Muy bajito)* ¡Trini!

TRINI.—¿A que sí? ¿A que sí?

MERCEDES.—*(Al teléfono. Muy nerviosa. Pero muy excitada)* Prepárate, mamá.
Prepárate, mamá...

(Fernando lanza una mirada sobre todos. Y luego, sonrío)

FERNANDO.—El marido de Teresa soy yo...

TODOS.—¡Ayyy!

(Un revuelo fenomenal)

DON JOSÉ.—¡Porras!

FEDERICO.—¡No es verdad!

AMELIA.—¡Trini! ¡Catalina!

CATALINA.—¡Amelia!

TRINI.—¡Tres! ¡Tres! ¡Tres!

MERCEDES.—*(Al teléfono)* ¡Mamá! ¡Otro! ¡Otro marido! Tiene tres, mamá, tiene tres... *(De pronto, lanza un grito y todos se vuelven hacia ella)* ¡Ay!

AMELIA.—¿Qué pasa?

MERCEDES.—He oído un golpe. Me parece que mamá se ha desmayado...
(Apuradísima) ¡Mamá! ¡Mamá! ¡Mamaíta! ¿Me oyes?

TODOS.—¡Oh!

TELÓN

CUADRO TERCERO

El mismo decorado. Media hora después.

(Cuando se levanta el telón, sentados en torno a la mesa camilla, y en la actitud que es fácil imaginar, están Fernando, Nicolás y Federico. Fernando en el sillón del centro, naturalmente frente al público; Nicolás en el sillón de la izquierda y Federico en el de la derecha. Los tres están muy serios, enormemente serios ignorándose mutuamente. En el sofá, está Don José)

NICOLÁS.—Me han dicho en la camisería que este invierno se volverán a llevar calcetines de lana...

FEDERICO.—*(Espantosamente indiferente)* ¡Ah! ¿Sí?

NICOLÁS.—Sí.

FERNANDO.—*(Como los otros)* Pues yo creo que no favorecen nada...

NICOLÁS.—Bueno. Eso depende. Si es bonita la pantorrilla...

FERNANDO.—¿Usted cree?

NICOLÁS.—Pues, claro, amigo...

(Con mucha discreción extiende una pierna, se levanta un dedito del pantalón y contempla complacido su tobillo. Fernando y Federico se miran y luego le miran a él como para asesinarlo. Un pequeño silencio)

FERNANDO.—Vaya, hombre, vaya. Conque calcetines de lana... *(En desafío)* ¿Y de corbatas, qué?

NICOLÁS.—*(Muy seguro)* Vuelven los estampados.

FERNANDO.—*(Irónico)* ¡Qué bien! Rejuvenecen mucho...

(Otro silencio. Federico mira al uno y al otro y luego dice con un monstruoso aire de superioridad)

FEDERICO.—¡Pamplinas!

(Fernando se vuelve a él con una amabilidad escalofriante)

FERNANDO.—¡Pollo! ¿Puedo saber a qué aspecto de la existencia se refiere usted?

FEDERICO.—*(Con un fabuloso desprecio)* Los hombres se vuelven presumidos cuando cumplen años. Cuando se hacen viejos. Entonces, sí, piensan en las corbatas, en los calcetines y en todo eso... *(Fernando y Nicolás se ponen en pie mirando a Federico de una manera atroz. Federico, sin advertirlos, sonrío)* ¡Je!

(Don José, en el sofá, atento a lo que sucede. Habla suplicante)

DON JOSÉ.—¡Señores! Por favor... Haya paz. Se lo suplico. Yo no puedo más. *(Un silencio. Fernando y Nicolás se sientan lentamente y los tres recuperan su primitiva actitud. Un pequeño silencio. Don José se seca el sudor)* ¡Señores! Seamos razonables. Teresa ya no puede tardar. ¿No creen ustedes que antes de que ella llegue deberíamos tenerlo todo resuelto? Si ustedes me dicen cuál de los tres es el marido de Teresa, yo voy preparando el recibito, y en un momento, ¡zas!, el piso para mí. Porque yo quiero el piso... Lo necesito. Por favor, señores, entre nosotros. Vamos a ver, vamos a ver. ¡Je! ¿Quién es? ¿Eh? ¿Quién es el marido de Teresa?

(Fernando, Nicolás y Federico se ponen súbitamente en pie, al mismo tiempo, y gritan con la misma arrogancia)

LOS TRES.—¡Yo!

DON JOSÉ.—*(Sin fuerzas ya)* ¡Oh! Es el colmo. El colmo...

(Un silencio. Por el fondo, asoman María y Juana, que se quedan allí mirando intensamente a los tres hombres sentados junto a la mesa camilla. Después una pausa. María da un paso)

MARÍA.—Con permiso de los señores. Como la señora se retrasa, me gustaría estar prevenida. ¿Los señores se van a quedar a almorzar?

(Fernando, muy amable, muy dueño de sí, se vuelve gentilmente hacia María)

FERNANDO.—¡Buena mujer! Como usted comprenderá, solo se quedará a almorzar uno de nosotros... El que desde hoy es el dueño de esta casa. *(Muy satisfecho)* ¡El marido de la señora!

FEDERICO.—*(Rápidamente, con rabia)* ¡Yo!

NICOLÁS.—Pero ¿qué dice? Me quedará yo.

FERNANDO.—(*Firme*) Se equivocan ustedes. El que se va a quedar soy yo...

(*Los tres, con un mismo impulso, se ponen en pie y se miran con una enorme agresividad*)

MARÍA.—¡Ay!

JUANA.—¡María!

DON JOSÉ.—(*Indignado*) ¡Basta! ¡Se acabó! Señora, prepare usted comida para todos... Yo también me quedo.

(*Se oye dentro la voz de Teresa, que llega*)

TERESA.—(*Dentro*) ¡María! ¡Juana!

TODOS.—¡Oh!

MARÍA.—¡La señora!

(*Aparece Teresa en el fondo. Viene de la calle. Muy risueña, muy alegre, con los ojos muy vivos. Al ver juntos en torno a la mesa camilla a Federico, a Nicolás y a Fernando, sorprendidísima, se queda mirándolos con indudable emoción, con mucha ternura*)

TERESA.—¡Oh! ¡Dios mío!

(*Y se echa a reír suavemente. Los tres hombres van hacia ella y la rodean con ansiedad. Ella avanza*)

LOS TRES.—¡Teresa!

TERESA.—(*Emocionada*) Fernando, Nicolás, Federico... Los tres. ¡Queridos míos!

(*Los tres hombres, rodeándola, se atropellan al hablar*)

FERNANDO.—¡Teresa! Cuánto has tardado...

NICOLÁS.—¿De dónde vienes?

FEDERICO.—¿Dónde has estado?

TERESA.—¡Oh, oh, oh! (*Ríe*) Pero, Nicolás, Federico, Fernando... ¿Es que tenéis celos?

LOS TRES.—(*Enérgicamente*) ¡Sí!

TERESA.—(*Admiradísima y encantada*) ¿Los tres?

LOS TRES.—¡Sí!

TERESA.—¡Oh! ¿Ha oído usted, José? Tienen celos... Los tres. ¡Y no tienen motivo!
(De pronto, se vuelve muy natural) ¡María!

MARÍA.—¡Señora!

TERESA.—Si sube un individuo que me ha venido siguiendo desde la calla Alcalá, decidle que no estoy...

(Fernando, Nicolás y Federico se estremecen)

LOS TRES.—¡Teresa!

DON JOSÉ.—¿Otro?

TERESA.—*(Un suspiro)* ¡Otro!

DON JOSÉ.—Pero, señora. ¿Qué les da usted?

TERESA.—Por favor, José... no sea usted exagerado.

LOS TRES.—¡Oh!

(Ya han salido María y Juana. Teresa se encara con Nicolás, Fernando y Federico muy satisfecha)

TERESA.—De manera que habéis vuelto... Bueno. Ya sabía yo que uno de vosotros, uno por lo menos, volvería. Pero los tres, la verdad, nunca me hubiera atrevido a creerlo... *(Con mucha ternura)* Fernando, Federico, Nicolás. Si supierais cuánto me gustaría que los cuatro siguiéramos siempre así, unidos para toda la vida...

(Los tres hombres tienen un estremecimiento)

LOS TRES.—¡No!

FERNANDO.—¡Teresa! ¿Qué estás diciendo?

TERESA.—¡Oh! Está bien, está bien... *(Avanza un poco. Llega hasta la mesa camilla, se despoja del sombrero, de los guantes, del bolso, etc. Luego, se vuelve hacia los tres. Los mira. Sonríe. Cariñosísima)* Bueno. Ya estamos otra vez en la misma situación. Pero me figuro que toda esta noche pasada nos habrá servido a todos para reflexionar y que ahora, en un momento, vamos a poner las cosas en claro. *(Todos la escuchan en silencio, mirándola con inequívoca emoción)* Ayer, yo descubrí que uno de vosotros es mi marido. Cuando yo esperaba que él dijera lleno de orgullo: Yo soy, él se calló... ¿Sabéis por qué se calló? Porque estaba avergonzado de mí. Porque tenía miedo de ser ante los demás el marido engañado. Y porque, como estaba loco de celos, quería averiguar la verdad. *(Baja la cabeza, sonrío)* Por eso, me negué yo a decir quién era.

Porque él dudaba de mí. Tenía que ser él, él, quien se humillara y dijera: Teresa, yo soy tu marido. Perdóname, por haber dudado de ti... (*Se calla. Con otro tono, como antes*) En fin, el caso es que todos nos quedamos sin saber quién es mi marido. Y la verdad es que yo, por lo menos, no puedo más de curiosidad... Vamos a ver ¡Fernando! ¡Nicolás! ¡Federico! ¿Quién es mi marido?

(Los tres unánimes y decididos, dan un paso hacia ella. Muy apasionados)

LOS TRES.—¡Yo!

TERESA.—(*Asustadísima*) ¿Cómo? ¿Los tres?

DON JOSÉ.—¡Je! Ya sabía yo que le iba a chocar...

TERESA.—(*Indignadísima*) ¡Ah, no! Esto, no. Esto es demasiado. Pero ¿qué significa? ¿Es que os habéis vuelto locos? Resulta que, anoche, después de un año de casada, yo no tenía marido, y hoy... (*Con espanto*) ¡Hoy tengo tres! ¡Ah, no, no! Esto no. Pero, José, ¿usted ha oído?

DON JOSÉ.—¡Señora! A mí todo esto me parece ya tan natural...

(Teresa, que está paseando de un lado para otro, muy indignada, casi furiosa, se para bruscamente ante los tres hombres)

TERESA.—¡Federico!

FEDERICO.—¡Teresa!

TERESA.—¡Habla! ¿Eres tú mi marido?

FEDERICO.—¡Sí!

NICOLÁS.—¡No es verdad! ¡Tu marido soy yo!

(Teresa se lleva una mano a la boca sofocando un grito)

TERESA.—¡Oh! (*A Fernando*) Y tú también, claro...

FERNANDO.—¡Sí! (*Rabioso*) ¿Es que no lo sabes?

(Teresa los mira fijamente de uno en uno, estupefacta)

TERESA.—(*Bajísimo*) Es asombroso, asombroso. (*Desconcertadísima, con desmayo, se deja caer en un sillón, se pasa una mano por la frente.*) Pues señor, esto es para volverse loca. Porque lo peor es que me van a hacer dudar a mí también...

DON JOSÉ.—¡Señora! ¿Qué está usted diciendo? ¡Usted tiene que saberlo!

(Un silencio. Teresa mira a Don José. Una transición. Sonríe)

TERESA.—Sí... Lo sé. *(Se ríe muy bajito. Los mira de reojo. Y vuelve a reír)* Fernando, Nicolás, Federico... ¿Y si mi marido no fuera ninguno de vosotros? *(Un silencio. Federico, Nicolás y Fernando se agitan suavemente. Callan. La miran fijamente)* ¿Y si yo os hubiera engañado? *(Otro suave silencio)* ¿Y si marido fuera quien menos sospecháis?

(Sonríe. Y espera. Fernando, Nicolás y Federico, lentamente, se miran entre sí. Luego, con un misterioso e involuntario acuerdo, los tres al tiempo, se vuelven, y se quedan mirando a Don José fijamente. Este se lleva un susto tremendo y se pone en pie)

DON JOSÉ.—¡No! *(Fernando, Nicolás y Federico, mirando a Don José de un modo siniestro, dan unos pasos hacia él)* ¡No! Eso, no. ¡Yo no soy el marido! ¡Lo juro! ¡Porras! Pero ¿cómo se les ocurre?

(Teresa suelta una carcajada. Nicolás, Fernando y Federico se detienen. Dentro se oye la voz de Marita que llama)

MARITA.—*(Dentro)* ¡Mamá! ¡Mamá! ¡Mamá!

(Todos se quedan inmóviles. Teresa, repentinamente seria, se pone en pie)

TERESA.—¡Jesús! ¡Mi hija!

(La colocación de los personajes en este momento es la siguiente: al fondo, junto a la terraza, Fernando, Nicolás y Federico. Detrás del sofá, Don José. Teresa, en pie, a la derecha, en primer término. Irrumpe Marita por el fondo bulliciosamente. Muy alegre, sin ver a nadie, fijos los ojos en Teresa, corre hasta ella y se refugia en sus brazos)

MARITA.—¡Mamá! ¡Mamaíta! ¡Querida mamá!

TERESA.—¡Hija!

MARITA.—¡Mamá! Si supieras qué feliz soy. Bueno, ante todo, te diré que Alfredo no es lo que parece. ¡Quia! Ni muchísimo menos. Ya te contaré...

TERESA.—Pero, Marita, hija... ¿Dónde está tu marido?

MARITA.—Abajo, en el coche. Solo puedo entretenerme un minuto...

TERESA.—Pero ¿qué haces aquí, al día siguiente de tu noche de bodas? ¿Por qué has venido?

MARITA.—(*Muy asombrada*) ¿Qué dices, mamá? Si me has llamado tú...

TERESA.—(*Asombradísima*) ¿Yo?

MARITA.—¡Claro! La telefonista del hotel me dio tu recado esta mañana. De parte de su madre que antes de salir para Mallorca pase un momento por casa de su madre porque tiene que decirle algo muy importante...

TERESA.—¿Yo? Yo no he dado ese recado...

MARITA.—¿Es posible? Entonces, ¿quién...?

(Del fondo, surge la voz de Fernando. Muy hondo)

FERNANDO.—Yo.

(Marita se vuelve rápidamente. Descubre a Fernando. Y el rostro se le ilumina con una gran sonrisa)

MARITA.—¡Oh! ¡Fernando!

(Fernando, risueño, emocionado, avanza unos pasos con los brazos extendidos)

FERNANDO.—¡Chiquilla!

MARITA.—(*Muy emocionada*) ¡Papá!

TODOS.—¿¡Qué!?

(Sensación. Marita y Fernando avanzan el uno hacia el otro y en el centro del escenario se funden en un gran abrazo. Don José está impresionadísimo. En el fondo, inopinadamente, surgen María y Juana que indudablemente han estado escuchando y rompen a aplaudir, contentísimas)

DON JOSÉ.—¡Ya! ¡Ya está! ¡Ya se sabe!

MARÍA.—¡Bravo! ¡Bravo!

JUANA.—¡Bravo!

DON JOSÉ.—¡Pronto! ¡Un papel y pluma! ¡Un papel y una pluma! ¡A prisa!

(Y, seguido de María y Juana, desaparecen por el fondo)

MARITA.—*(Cariñosísima)* ¡Papá! De manera que has sido tú quien me ha llamado...

FERNANDO.—Sí, pequeña. Yo he sido. Me hacías tanta falta...

TERESA.—*(Apuradísima)* Pero, Marita, ¿tú conocías a Fernando?

MARITA.—Pues claro...

TERESA.—¿Y tú sabías que me había casado con él?

MARITA.—¡Naturalmente, mamá!

TERESA.—¡Oh! *(Un gemido)* Y te has callado, te has callado durante tanto tiempo...

(Se sienta en un sillón a la derecha. Marita corre hacia ella)

MARITA.—¿Y no era ese tu deseo, mamá? ¿No querías ser fiel hasta la última hora al cariño de tu hija? Escucha, mamá. Hace poco más de un año, una tarde vino a buscarme Fernando. Me dijo que te quería, que no podía esperar más. Entonces, yo le di la solución. Puesto que mamá no quiere casarse hasta que me case yo, casaos vosotros en secreto...

TERESA.—¿Cómo? Pero ¿fue idea tuya?

MARITA.—¡Claro! Vuestra boda era una solución de urgencia. Era la única manera de que se acabaran los coqueteos de mamá que ya se iban haciendo peligrosos...

TERESA.—¡Dios mío! Lo sabía todo, todo. ¡Oh, es para morir de vergüenza...!

MARITA.—Bueno. Pero no me negarás que he disimulado bien para seguirte la corriente...

TERESA.—¡Oh, Marita, Marita!

(Y avergonzadísima esconde la cara entre las manos. Marita se acerca y la acaricia)

MARITA.—Mamá... ¿Crees que yo no sé hasta dónde has llegado con tus coqueterías? Tú solo querías jugar, mamá. Jugar un poco. Porque lo necesitabas, pobrecita. *(Se vuelve hacia Fernando, muy segura)* Te advierto, Fernando, que desde que os casasteis, mamá ha sido absolutamente formal. Te lo digo yo, que la he tenido muy vigilada... *(De pronto piensa en algo y se ríe)* Y eso que había dos pretendientes...

(Fernando mira largamente a Nicolás y a Federico, que están sentados uno a cada lado de la mesa camilla)

FERNANDO.—¡Ah! ¿Sí? Cuenta, cuenta...

MARITA.—¡Huy! Uno era estudiante de no sé qué... Uno de estos chicos tontos que siempre se enamoran de las mujeres de cierta edad.

(Fernando, Nicolás y Teresa miran tímidamente a Federico, que se estremece y esconde la cara entre las manos)

FEDERICO.—¡Oh!

MARITA.—Y el otro... *(Y se echa a reír. Un silencio. Nicolás alza la cabeza asombradísimo. Teresa y Fernando le miran.)* No quieras saber. Era uno de esos suramericanos que andan por aquí... Del Paraguay, me parece.

(Nicolás pega un contenido puñetazo sobre la mesa. Y con voz ronca)

NICOLÁS.—¡Argentino!

MARITA.—¡Ah! ¿Le conoce usted?

NICOLÁS.—Un poco.

MARITA.—Por cierto, mamá. ¿Me quieres explicar quiénes son estos señores?

TERESA.—*(Muy rápidamente)* No... Ahora no.

MARITA.—Bien... Entonces me marchó. ¡Papá!

FERNANDO.—¡Marita! Eres adorable.

MARITA.—Adiós, papá. *(Le abraza de nuevo)* ¿Era esto lo que querías de mí? ¿Que mi madre supiera que yo era muy feliz porque vosotros os queráis?

FERNANDO.—Sí, Marita. Era eso. ¡Gracias!

MARITA.—¡Tonto! ¡Adiós, mamá! El pobre Alfredo debe estar poniéndose nerviosísimo... No sabe vivir sin mí. *(Corre hasta el fondo y, desde allí, arroja un beso)* ¡Felicidades! Os adoro a los dos. *(Y se va. Quedan todos inmóviles. Y Marita reaparece en el acto)* ¡Ah! ¿No sabéis? Me parece que voy a tener un niño...

(Sale definitivamente. Los demás continúan sin moverse. Teresa, al fin, se pone en pie)

FERNANDO.—Teresa.

TERESA.—No! ¡Déjame ahora! Por favor. ¡Déjame!

(Y entra en la habitación de la derecha. Quedan solos Fernando, Nicolás y Federico. Fernando mira en torno satisfechísimo, se estira los puños y toda su persona adquiere un irremediable aire de toma de posesión.)

FERNANDO.—¡Je! Vaya, vaya... *(Nicolás y Federico, muy despacito vuelven los ojos hacia él)* ¡Je! Me figuro que, naturalmente, ustedes se querrán marchar... *(Otro silencio)* Pero, antes, me gustaría saber: ¿Por qué tenían tanto empeño en aparentar que cada uno de ustedes era el marido de Teresa?

(Federico se vuelve hacia él con mucho coraje)

FEDERICO.—Usted no podía comprenderlo. Porque era como un sueño... Porque era maravilloso que todos los creyeran aunque solo fuera por unos minutos. *(Con rabia)* Y porque soy un iluso. Un niño. Un muchacho estúpido de esos que siempre se enamoran de las mujeres de cierta edad. ¿No lo ha oído usted? ¿Es que no lo ha oído?

(Y con un coraje infinito se deja caer de bruces sobre la mesa camilla y esconde la cara entre los brazos. Un gemido sordo. Fernando y Nicolás le miran callados. Fernando da un paso)

FERNANDO.—Muchacho... Escucha.

(Federico se revuelve vivamente)

FEDERICO.—¡Déjeme! ¡No se acerque!

FERNANDO.—¡Oh!

(Federico escapa y llega hasta el fondo)

FEDERICO.—Y sepa usted que le aborrezco con toda mi alma...

(Sale. Nicolás y Fernando se quedan callados viéndole salir. Luego, se miran entre sí)

NICOLÁS.—¡Je! Discúlpele. No se lo tome en cuenta. Es la primera vez que una mujer se burla de él... No tiene experiencia.

FERNANDO.—¿Usted sí?

NICOLÁS.—¡Huy! Si yo le contara...

FERNANDO.—¡Hombre, cuéntelo todo! Entre nosotros...

NICOLÁS.—¡Che, viejo! No querrá que le cuente mis fracasos... Sería bueno.

FERNANDO.—¡Oh! Perdón...

(Nicolás le mira largamente. Luego sonrío con una sonrisa llena de secreto)

NICOLÁS.—¡Che! ¿Sabe por qué dije que era el marido de Teresa? Por hacerle a usted daño...

FERNANDO.—¡Ah!

NICOLÁS.—¡Sí! Para verle a usted sufrir. Para vengarme. Porque yo sabía desde ayer que el marido de Teresa era usted. Por eso lo hice, ¿comprende? Por maldad. *(Está muy conmovido. Pero sonrío suavemente)* ¡Che! No me tenga lástima. Yo soy muy malo, viejo...

FERNANDO.—*(Sonríe afectuosamente)* ¿De veras?

NICOLÁS.—¡Huy! No quiera saber. Pregunte, pregunte por mí en Buenos Aires... Tengo hecha cada fechoría. Ya le digo que no me tenga lástima.

(Fernando le mira largamente y sonrío)

FERNANDO.—¡Pobre Nicolás!

NICOLÁS.—*(Muy bajo)* ¿Y eso?

FERNANDO.—No es usted malo. Es usted un ingenuo. Como ese muchacho que acaba de salir de aquí con lágrimas en los ojos. Como yo... Como todos los hombres. Juguetes. Juguetes de papel que se rompen entre las manos de las mujeres. Verá usted. Dentro de un instante, cuando Teresa salga de esa habitación, yo me acercaré y le diré: ¡Teresa! ¿Me perdonas por haber dudado de ti? Y ella, que ha jugado con todos, me responderá como una reina generosa: por Dios, querido, no se hable más, no tiene importancia...

NICOLÁS.—*(Muy admirado)* ¡Che, viejo! Cómo hablan los españoles... *(Con un repentino entusiasmo)* Oiga. ¿Sabe usted que, en el fondo, desde el primer momento me fue usted muy simpático?

FERNANDO.—¡Anda! Pues si yo le dijera...

NICOLÁS.—*(Muy contento)* ¿Sí?

FERNANDO.—¡Sí!

NICOLÁS.—Oiga. ¿Estará bien que nosotros nos demos un abrazo?

FERNANDO.—Yo creo que estando solos...

NICOLÁS.—¡Viejo!

FERNANDO.—¡Nicolás!

(Y se abrazan estrechamente. Cuando se separan, Nicolás sufre una transición y mira en torno con mucha melancolía)

NICOLÁS.—Gracias. Y ahora, adiós.

FERNANDO.—¿Se marcha?

NICOLÁS.—¡Claro! Se hace tarde. Y usted tiene que atender a su mujer...

FERNANDO.—¿A dónde va usted?

NICOLÁS.—¿Yo? *(De pronto furioso)* ¡Al Paraguay!

FERNANDO.—Hombre...

(Nicolás marcha hacia el fondo. Y desde allí se vuelve)

NICOLÁS.—Oiga. ¿La quiere usted mucho?

FERNANDO.—Tanto como usted...

NICOLÁS.—¡Ah! Pues quédese tranquilo, ¿sabe? Entre ella y yo no hubo nada.

FERNANDO.—*(Bajo)* Gracias.

NICOLÁS.—La viudita solo quería jugar...

(Sale muy despacito. Queda Fernando solo. Regresa despacito y se sienta junto a la mesa camilla. Se sienta pensativo. Aparece Teresa. Le mira. Va hacia él)

TERESA.—Fernando...

FERNANDO.—¡Teresa! *(Alza los ojos y la mira)* ¿Me perdonas por haber dudado de ti?

TERESA.—*(Generosísima)* Por Dios, querido, no se hable más, no tiene importancia.

FERNANDO.—*(Con toda su alma)* ¡Claro!

TELÓN



COLECCIÓN DE TEATRO
VÍCTOR RUIZ IRIARTE